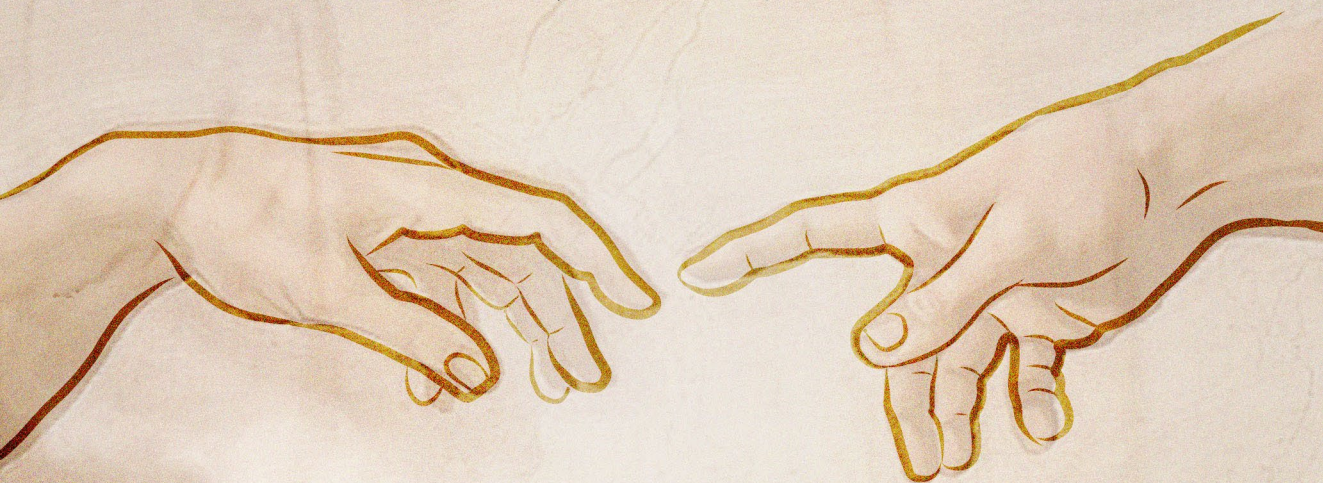




REVISTA COALICIÓN

IMAGO DEI

«¿QUÉ ES EL HOMBRE PARA QUE TE
ACUERDES DE ÉL...?»
(SAL 8:4).



NÚMERO 003 - DICIEMBRE 2021

COALICIONPORELEVANGELIO.ORG

CONTENIDO

EDITORIAL	Carta del Director Editorial	4
BIBLIA Y TEOLOGÍA	El Verbo se hizo carne: El misterio y propósito de la encarnación José «Pepe» Mendoza	6
	Expresemos el amor de Dios hacia la imagen de Dios Josué Ortiz	11
MINISTERIO	Vida en comunidad: Venciendo la principal amenaza contra ella Fabio Rossi	17
CULTURA Y ARTE	Fotografías: Luz para la humanidad Nicolás Quinteros	24
FE Y TRABAJO	Con el sudor de tu frente: una respuesta al trabajo arduo Joel Rosario	30
VIDA CRISTIANA	La imitación como disciplina espiritual Ana Ávila	36
	«¿Quién es mi prójimo?»: No perdamos de vista al que sufre Otto Sánchez	41
ACTUALIDAD	El aborto: La mayor deshumanización en nuestra generación. Chárbela El Hage de Salcedo	47
	El mundo está catequizando aunque no nos demos cuenta Kevin DeYoung	52

CONTENIDO

ACTUALIDAD	El metaverso de Zuckerberg y su falso evangelio: Una respuesta a su esperanza engañosa para la humanidad Josué Barrios	55
CRÉDITOS		63

Carta del Director Editorial

Estimados amigos de Coalición por el Evangelio:

Protágoras fue uno de los mayores maestros griegos de retórica del siglo V a. C. Él mostró un profundo desapego por lo absoluto y prefirió el relativismo. Como consecuencia, se declaró ignorante de la voluntad de los dioses e introdujo lo que se conoció como el agnosticismo. Dentro de ese marco filosófico, estableció su famosa tesis: «El hombre es la medida de todas las cosas». El significado exacto de esta frase sigue siendo muy debatido. Sin embargo, más allá de su intención y sus posibles significados, esta frase ha moldeado de alguna manera el humanismo contemporáneo autocentrado y pragmático que establece a la experiencia, opinión y presencia humana como central sobre todas las cosas.



José «Pepe» Mendoza
Director Editorial

El judeocristianismo, por el contrario, tiene al Dios Creador, Soberano y Redentor como centro y ordenador de todas las cosas, y a la humanidad como dependiente y sujeta a la providencia y gracia divina. Justamente, la famosa pregunta del salmista «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él...?» (Sal 8:4) está enmarcada dentro del argumento del salmo que no está destacando a la humanidad, sino el señorío y la grandeza de Dios sobre toda la creación, la cual es de absoluta propiedad divina.

Sin duda, la grandeza y sabiduría inconmensurable de Dios hace que la pregunta sea relevante, oportuna y necesaria. David no presume de la grandeza humana con esa pregunta, sino de la grandeza de la bondad de Dios al coronar al ser humano con autoridad subordinada sobre su creación. Ante ese acto de misericordia, David no exalta a la humanidad por la autoridad delegada recibida, sino que vuelve a decir: «¡Oh SEÑOR, Señor nuestro, Cuán glorioso es Tu nombre en toda la tierra!» (Sal 8:9).

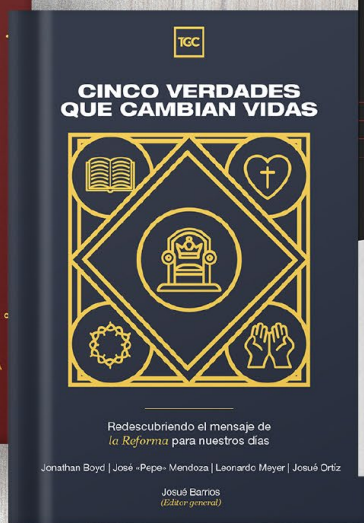
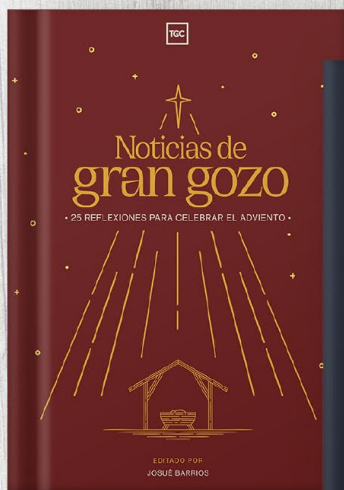
En este número, queremos volver a buscar respuestas alrededor de nuestra humanidad a la luz de la perspectiva única que nos entrega la Palabra de Dios. Esto no solo es un ejercicio teológico, sino que creemos que es de suma importancia volver a plantearnos el significado y valor de nuestra humanidad debido a que, justamente, ese significado y valor está siendo trastocado y tergiversado en diferentes batallas culturales y sociales hoy en día.

Les invito a leer estos artículos y compartir este número con otras personas.



EBOOKS COALICIÓN

LIBROS GRATUITOS PARA
LA IGLESIA HISPANA



¡DESCÁRGALOS HOY!

[COALICIONPORELEVANGELIO.ORG/EBOOKS](https://coalicionporelevangelio.org/ebooks)

El Verbo se hizo carne

EL MISTERIO Y PROPÓSITO DE LA ENCARNACIÓN

POR JOSÉ «PEPE» MENDOZA

Hoy leí en un periódico israelí que existe una frase popular judía que dice: «dos judíos, tres opiniones». No creo que esta frase los represente exclusivamente a ellos. Por el contrario, nuestra capacidad humana para opinar es ilimitada y los desacuerdos que surgen de esas opiniones se multiplican *ad infinitum*.

La persona de Jesús no se salva de la andanada de opiniones que han surgido sobre Él desde hace más de dos mil años. Recordemos que esa multiplicidad de opiniones quedaron aun registradas en diferentes partes de los Evangelios. Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» y ellos no pudieron entregar una sola respuesta, porque las opiniones eran muchas: «Unos, Juan el Bautista; y otros, Elías; pero otros, Jeremías o alguno de los profetas» (Mt 16:13-14). Aun Juan el Bautista dudó en algún momento y le mandó a preguntar: «¿Eres Tú el que ha de venir, o esperaremos a otro?» (Mt 11:3).

Los líderes religiosos tampoco podían identificar a Jesús dentro de una categoría precisa. Nicodemo lo honró llamándolo «Rabí» (Jn 3:2), mientras que algunos escribas se atrevieron a decir que «Tiene a Beelzebú» (Mr 3:22), dando a entender que Jesús tenía vínculos con los demonios. Algunos otros, incapaces de identificarlo, se exasperaban preguntándole: «¿Tú quién eres?» (Jn 8:25). Pilato también tuvo su cuota de incertidumbre cuando le preguntó: «¿Eres Tú el Rey de los judíos?» (Mt 27:11).

Ni siquiera cuando estuvo en la misma cruz se libró de la perplejidad que producía su persona. Aun estando allí, algunos le gritaban llenos de suspicacia: «Si Tú eres el Hijo de Dios, desciende de la

cruz» (Mt 27:40). Es evidente que existe una profunda divergencia de opiniones ignorantes sobre quién es realmente Jesús, una que llega hasta nuestros días.

«¿TÚ QUIÉN ERES?»

Esta pregunta no es fácil de responder. Sin embargo, los Evangelios se encargaron de mostrarnos a Jesús desde diferentes ángulos para que podamos encontrar respuesta a esa pregunta con claridad meridiana. Una de las declaraciones más precisas, pero al mismo tiempo más misteriosas, fue entregada por uno de los discípulos más cercanos a Jesús, el apóstol Juan. La cercanía de Juan con Jesús nos podría hacer pensar que nos daría una biografía breve de la vida del maestro de Galilea, un esbozo de sus familiares y sus lazos regionales y culturales. Sin embargo, lo que hace es remontarnos hasta la eternidad y mostrarnos la grandeza divina de nuestro Señor Jesucristo:

“Jesucristo es Dios mismo y nos deslumbra con su grandeza, soberanía, omnipotencia y todo el despliegue de su majestad”.

«En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho... El verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1:1-3, 14).

Estas declaraciones son sorprendentes y misteriosas. Juan no tiene como punto de partida el nacimiento de Jesús en Belén o su crianza en Galilea, sino su vida en la eternidad, aun antes de la creación. De seguro te preguntas por qué Juan llama «el Verbo» a Jesús. Bueno, nosotros no estamos familiarizados con este término que era conocido en la antigüedad. Trataremos de dar una breve explicación a continuación.



El término «verbo» en español (algunas versiones usan «palabra») es traducido de la palabra griega «logos». Solo Juan utiliza este término en el Nuevo Testamento para referirse exclusivamente a Jesús (Jn 1:1, 14; 1 Jn 1:1; 5:7; Ap 19:13). William Hendriksen explica bien su significado de la siguiente manera:

«Una misma palabra [verbo] sirve para dos propósitos distintos: a. da expresión al pensamiento interno, al alma del hombre, haciéndolo aun sin que haya nadie para oír lo que se dice o para leer lo que se piensa; y b. revela este pensamiento (y por lo tanto el alma del que habla) a otros. Cristo es el *Verbo de Dios* en ambos sentidos: expresa o refleja la mente de Dios; y también revela lo que es Dios al hombre (1:18; cf. Mt 11:27; He 1:3)».[1]

Jesucristo, entonces, se manifiesta como el Gran Revelador de Dios a la humanidad, o como lo decía Pablo: «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación» (Col 1:15). El autor de Hebreos es todavía más claro, cuando dice que Dios «en estos postreros días nos ha hablado por Su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo. Él es el resplandor de

“La declaración más explosiva, revolucionaria y la afirmación más grandiosa de todas es que ese Dios se encarnó como uno de nosotros. Sí, ¡como uno de nosotros!”.

Su gloria y la expresión exacta de Su naturaleza, y sostiene todas las cosas por la palabra de Su poder» (He 1:2-3).

Jesucristo es Dios mismo y nos deslumbra con su grandeza, soberanía, omnipotencia y

todo el despliegue de su majestad. Las palabras usadas por Juan y el autor de Hebreos nos muestran cómo ellos, inspirados por el Espíritu Santo, necesitaron de frases sublimes que se pudieran acercar levemente a una majestuosidad e inmensidad suprema que escapa a nuestra concepción limitada humana. Sin embargo, estas declaraciones trascendentes sobre Jesucristo no dejan a nuestro Señor en un tercer cielo habitado por serafines, desde el cual gobierna hasta el más mínimo detalle del universo. No, la declaración más explosiva, revolucionaria y la afirmación más grandiosa de todas es que ese Dios se encarnó como uno de nosotros. Sí, ¡como uno de nosotros!

«EL VERBO SE HIZO CARNE»

Esta declaración es la piedra angular del evangelio para los que creen y también es la piedra de tropiezo para los incrédulos que no pueden ver a Jesús más allá de un humano especial. Herman Bavinck se quejó de que en algunos sectores de la teología moderna, «no queda espacio para Cristo más que como un genio religioso, un maestro de virtud, un profeta que tuvo un entendimiento más profundo que cualquiera, alguien que divulgó el amor de Dios de la forma más vívida, y expresó la unidad y la comunidad de Dios y la humanidad de la forma más clara».[2]

Esa imagen de un humano único y superdotado pierde de vista una de las declaraciones más profundas del evangelio que no puede ignorarse ni ponerse a un costado. Mateo empieza su Evangelio contándonos la historia de un novio joven atribulado que se entera de que su futura esposa está embarazada. Un ángel se le aparece en sueños y le dice que ese niño por nacer es engendrado del Espíritu Santo, será el cumplimiento de las profecías mesiánicas y «“le pondrán por nombre Emmanuel”, que traducido significa: “Dios con nosotros”» (Mt 1:23).

Sí, «Dios con nosotros». Sí, es inimaginable y misterioso, pero es verdad, «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros». La segunda persona de la Trinidad se hace humano sin dejar de ser Dios. Esto es difícil de explicar, pero en el evangelio se entiende como una decisión redentora basada en el amor de Dios por nosotros, seres humanos a los que vino a buscar porque estábamos perdidos, pero que no quisimos siquiera recibirlo (Jn 1:11).

El gran drama humano del pecado se hace completamente evidente cuando somos completamente incapaces de reconocer quién es Jesús, como los ejemplos que mostramos al principio. Estamos tan separados de Dios que cuando Él mismo se humilla para venir y vivir entre nosotros, somos incapaces de saber quien era en realidad. Sin embargo, eso no frena su plan redentor a nuestro favor y su amor desplegado en toda su gloria. Pablo explica esa obra increíble a nuestro favor cuando dice que Jesús «se despojó a Sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en forma de hombre, se humilló Él mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil 2:7-8).

Cuando volvemos a la pregunta del salmista, «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que lo cuides?» (Sal 8:4), la respuesta seguirá siendo una interrogante mayor al reconocer nuestra maldad, nuestra incapacidad para hacernos bien y nuestro rechazo y rebeldía velada y abierta contra Dios. Solo podremos encontrar la respuesta en el evangelio, porque solo allí se nos muestra cómo Jesús, Dios con nosotros, se dispuso a habitar en medio nuestro lleno de «gracia y verdad» (Jn 1:14).

La única razón para nuestra redención como humanos delante de Dios se encuentra, como dijimos, en su amor soberano (Jn 3:16; Ro 5:8). Ese amor abunda en gracia, es decir, un favor inmerecido hacia los que merecemos solo la muerte; y está lleno de verdad porque nos liberará de nuestra condición de engaño absoluto en la que nos encontramos para llevarnos a la libertad verdadera (Jn 8:32).

“Cristo se hizo humano con un propósito definido que cumplió a cabalidad al venir para morir por nosotros, redimirnos del pecado y darnos vida nueva y eterna”.

Alguien dijo que la cuna y la cruz de Jesús fueron hechas con la misma madera. Lo que quiso decir es que Cristo se hizo humano con un propósito definido que cumplió a cabalidad al venir para morir por nosotros, redimirnos del

pecado y darnos vida nueva y eterna (Mt 16:21). No olvidemos, entonces, reconocer la encarnación como la gran manifestación del amor de Dios por nosotros en Cristo, y cantemos junto a Lutero:

«Bienvenido a la tierra, oh noble Huésped,
¡Por quien el mundo pecador es bendecido!
Viniste a compartir mi miseria
Para que compartas tu gozo conmigo».[3]

[1] William Hendriksen, *Comentario al Nuevo Testamento: El Evangelio según San Juan* (Libros Desafío, 1999), 74.

[2] Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics: Volume Three* (Baker Academic, 2008), 261.

[3] Martín Lutero, himno «Desde el cielo arriba a la tierra yo voy», basado en Lucas 2:10-20. 1546 (Traducción libre).

EXPRESEMOS EL AMOR DE DIOS HACIA LA IMAGEN DE DIOS

POR JOSUÉ ORTIZ

Hace un par de años mi esposa y yo decidimos comprarle a nuestra hija Natanya su primer horno. Es para niños, pero funciona con electricidad y hornea como un horno convencional. Nuestra hija cumplía años y nos había expresado su interés en cocinar y, más específicamente, concentrarse en la repostería: el arte de convertir el azúcar en tentaciones emocionantes. Así que le obsequiamos este horno que no esperó mucho tiempo para usar por primera vez.

Natanya decidió preparar un delicioso pastel de chocolate para estrenarse como «chef». Diligentemente mezcló los ingredientes. Agregó azúcar, vainilla, chispas de chocolate y, cuidadosamente, colocó su creación dentro del molde. Fuera del molde, la débil masa se movía por todos lados. No tenía ni forma ni sabor de pastel. No lucía atractiva o tentadora. Tampoco llevaba la imagen de pastel que ya estoy acostumbrado a ver en los anaqueles de las tiendas de postres. Era simple masa: pegajosa, grasosa, suave y sin forma. Pero todo cambió una vez puesta dentro del molde y del horno. Mi hija estaba fascinada con «la magia del horno».

Unos minutos más tarde, teníamos un pastel frente a nosotros. La forma e imagen de la masa se convirtió en la forma e imagen del molde en el que fue puesto.



Creados a imagen de Dios

La Biblia es la historia de quién es Dios y cuál es su plan de redención a través de Jesús y su reino. Es una historia que, de principio a fin, desarrolla una narrativa lógica y bien estructurada. La historia del Rey y su reino comienza con una característica fundacional: el Rey es también el Creador de todo y de todos. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn 1:1). El Rey creativo creó todo lo que vemos, y hasta lo que no vemos, según su voluntad, pero no según su propia imagen. Aunque el reino animal y vegetal fue hecho por Dios, la imagen de Dios no fue impregnada en dichas creaciones. Esto cambió con la creación del ser humano. Dios tomó polvo y lo impregnó con aliento de vida (Gn 2:7). La forma e imagen del polvo se convirtió en la forma e imagen de Dios (Gn 1:27).

Pero ¿qué quiere decir la frase «imagen y semejanza»? La palabra «imagen», o *tselem* en el idioma original, nos habla de un «parecido a Dios». Su raíz viene del verbo «sombrear», dar la sombra de la figura de algo más. Así como la sombra de un gran edificio es la figura del mismo edificio, así también la humanidad es la sombra de Dios. La palabra «semejanza» denota lo mismo y conlleva la idea de «modelar o replicar» algo más.

Desde luego, esto no quiere decir que Dios tiene brazos o piernas como nosotros. No somos «imagen y semejanza» de Dios en ese plano corporal. Pero a diferencia del reino animal y vegetal, tenemos un alma eterna con la habilidad de someterse a la autoridad del Rey de una manera que nadie o nada más puede. No solo esto, sino que al igual que la Santa Trinidad cohabita en perfecto amor, así también el ser humano fue creado para reflejar la misma clase de amor hacia su Creador y todo lo creado. Por eso Dios nos diseñó con intelecto y habilidades cognitivas que nadie más tiene. Nuestras emociones y sentimientos fueron instalados en nuestro diseño original para activarse plenamente cuando le amamos a Él.

“Es gracias a Cristo que podemos recuperar nuestro diseño original y entonces reflejar su imagen en nuestras comunidades”.

La caída del hombre

Tristemente, el ser humano se rebeló contra su Creador (Gn 3), renunciando así al reino de Dios para formar su propio reino: uno caído, fracturado y destruyéndose a sí mismo. Bajo esta terrible condición, el ser humano es incapaz de amar plenamente a Dios y a otros seres humanos.

El mejor ejemplo de esto lo tenemos en Caín y Abel (Gn 4:1–8). Caín es el ícono del ser humano apartado de Dios, incapaz de amar a Dios y a otros seres humanos. Su corazón entintado de oscuro pecado provocó que se «enojara» con Dios y su propio hermano. Tal fue su enojo, que Caín invitó a su hermano a salir al campo para luego matarlo (Gn 4:8). El ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, pero ya no podría actuar más como la imagen y semejanza de Dios. Ahora, bien impregnada en su corazón, está una naturaleza pecaminosa que lo persigue todos los días.

A pesar de esto, el ser humano conserva el sentido de moralidad porque puede reconocer entre el bien y el mal. Un niño pequeño sabe cuándo desobedeció a sus padres y, por ejemplo, el hombre o la mujer sabe dentro de sí que cometer adulterio es incorrecto. Fuimos creados a imagen de Dios y una característica elemental del ser humano es que podemos pensar en términos morales. Sin embargo, pensar en términos morales no es lo mismo que actuar bajo ellos. En otras palabras, podemos identificar entre el bien y el mal, pero no podemos hacer siempre lo que es bueno y rechazar lo que es malo, a pesar de que entendamos las diferencias básicas entre lo uno y lo otro.

Aquí es donde el evangelio restaura nuestro diseño.

Restaurados en el evangelio

El apóstol Pablo escribió que Dios «nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de Su Hijo amado, en quien tenemos redención: el perdón de los pecados» (Col 1:13). El evangelio trata del rescate de todo aquel que se arrepienta de sus pecados y crea en Jesús como Rey y Señor (Jn 3:16; Ro 10:9). Una vez rescatados, somos transformados en una «nueva criatura» en Cristo (2 Co 5:17). Es un renacer que nos permite ver el reino de Dios y que toma lugar gracias a Dios, no a nosotros (Jn 3:3, 8).

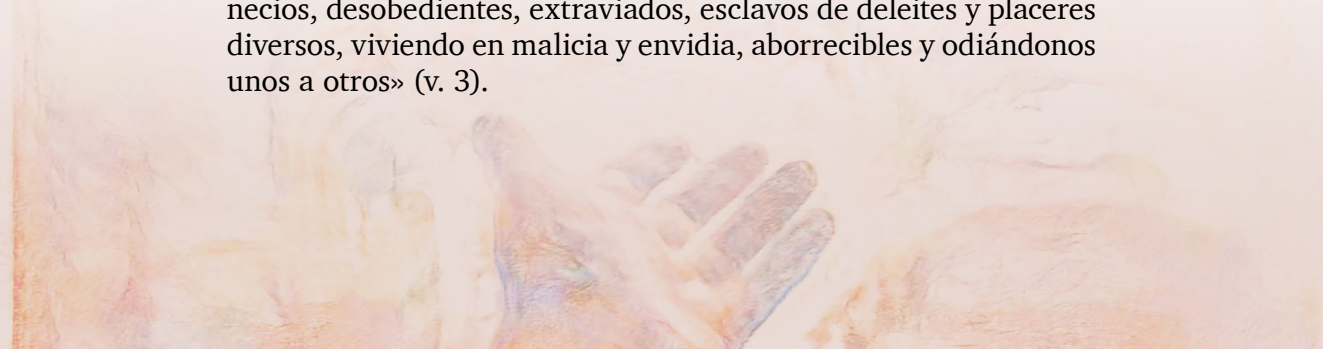
Como nuevas criaturas en Cristo, de nuevo podemos vivir conforme al propósito de ser la imagen de Dios en la tierra. Debemos andar como Él anduvo e imitar a Dios en todo lo que hacemos (1 Jn 2:6; 1 Co 11:1). En Cristo, ahora podemos amar como Él nos ha amado y expandir el reino de Dios a través de la predicación del evangelio (Ef 5:25; Mt 28:19-20). Es gracias a Cristo que podemos recuperar nuestro diseño original y entonces reflejar su imagen en nuestras comunidades. Alimentamos al pobre, arropamos al huérfano, levantamos al desvalido, amamos a nuestros enemigos y protegemos al débil.

“En Cristo, ahora podemos amar como Él nos ha amado y expandir el reino de Dios a través de la predicación del evangelio”.

Si antes éramos ciudadanos del reino oscuro y nuestras vidas daban evidencia de ello, ahora que somos ciudadanos del reino de la luz, nuestras vidas también evidencian esta transformación. No somos turistas en el reino de Dios: somos ciudadanos llevando el amor de Dios a toda región. El hecho de que en Cristo podemos vivir de nuevo conforme a la imagen de Dios, habla de que somos la «sal de esta tierra» y «la luz de este mundo» (Mt 5:13-14). Podemos ser amables con otros, generosos, hospitalarios, justos y vivir propagando la justicia.

Reflejemos el amor de Dios

Pablo exhorta a los ciudadanos del reino a vivir vidas del reino: «Que no injurien a nadie, que no sean contenciosos, sino amables, mostrando toda consideración para con todos los hombres» (Tit 3:2). Este es nuestro diseño original, pero sin Cristo nos es imposible vivir así. Nuestra naturaleza nos lleva a destruirnos a nosotros mismos y a los demás. Como Pablo escribe sobre nuestra condición anterior: «Nosotros también en otro tiempo éramos necios, desobedientes, extraviados, esclavos de deleites y placeres diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y odiándonos unos a otros» (v. 3).



Ahora, los creyentes del reino transformamos nuestras sociedades (aunque no plenamente, claro). En Cristo, podemos mostrar una nueva manera de ser humanos, o más bien, *la mejor manera de ser humanos*. En Cristo, los hombres aman a sus esposas, y sus esposas a sus hijos, y los hijos a sus padres. Los estudiantes son honestos, trabajadores, y los empleados son íntegros y esforzados. Las familias imparten amor y cariño a todos, y los cónyuges se muestran entre sí el mismo perdón que recibieron de lo alto.

Después de todo, Pablo argumenta que cuando Jesús descendió, «se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y Su amor hacia la humanidad» (v. 4). Nosotros, como imagen de Dios en la tierra, tenemos la tarea de mostrar también la bondad y el amor de Dios a una humanidad que necesita, por sobre todas las cosas, conocer la bondad y amor de Dios. El llamado es claro: sé un ciudadano que refleje la gloria de Dios en su vida.

“Como imagen de Dios en la tierra, tenemos la tarea de mostrar la bondad y el amor de Dios a una humanidad que lo necesita”.

Me encanta buscar «fogatas virtuales» en YouTube. Las pongo en nuestra televisión porque son acogedoras y dan un tono de calor a nuestro departamento, pero no son verdaderas. Su «calor» no es calor, sino pura ilusión. ¡Que tu vida y la mía no sean así! Que nuestras vidas sean rayos de luz que transportan

calor que viene de lo alto. Que tus palabras sean sazonadas con el amor del Padre. Que tus recursos, tiempo y talentos sean usados para mostrar a otros la imagen de Dios. Tú, en esencia, eres polvo. Pero si eres un creyente de Cristo, entonces Él ha soplado el aliento de vida eterna en ti. Vive, entonces, como la imagen de aquel que en amor sopló vida donde antes solo había muerte. Da de lo que has recibido. Ama como has sido amado. ¿Por qué querríamos imitar a alguien más?





CURSOS

RECURSOS GRATUITOS EN LÍNEA
SOBRE VIDA & TEOLOGÍA

coalicionporelevangelio.org/cursos



Vida en comunidad

VENCIENDO LA PRINCIPAL AMENAZA CONTRA ELLA

POR FABIO ROSSI

Julianne Holt-Lunstad, investigadora de la Universidad de Brigham, encuestó a un grupo de adultos mayores sobre su dieta, rutinas de ejercicio, estado civil, visitas al médico y otros hábitos en general. Luego de siete años, volvió a reunirse con las mismas personas —al menos con las que aún seguían vivas— pero esta vez les hizo una sola pregunta:

¿Qué redujo sus posibilidades de morir?

Los resultados que ella encontró fueron interesantes.[1] Comenzaré por la respuesta menos popular hasta las más importantes:

- 10) Poder respirar aire puro
- 9) Haber tratado su problema de hipertensión
- 8) Haber bajado o subido de peso, según el caso
- 7) Tener una rutina de ejercicio
- 6) Haber tratado sus problemas cardiacos
- 5) Haberse vacunado contra la gripe o influenza
- 4) Haber dejado de beber alcohol
- 3) Haber dejado de fumar

Los dos factores más importantes que redujeron las posibilidades de morir, según afirmaron los encuestados, fueron:

2) Tener relaciones cercanas, alguien con quien contar cuando se necesita dinero, ayuda médica o simplemente ser escuchado.

1) Integración social. Es decir, el nivel de interacción que tenían con otras personas durante el día. Desde su relación con los allegados más cercanos, como su pareja, hijos o parientes, hasta la interacción con sus vecinos o amigos.

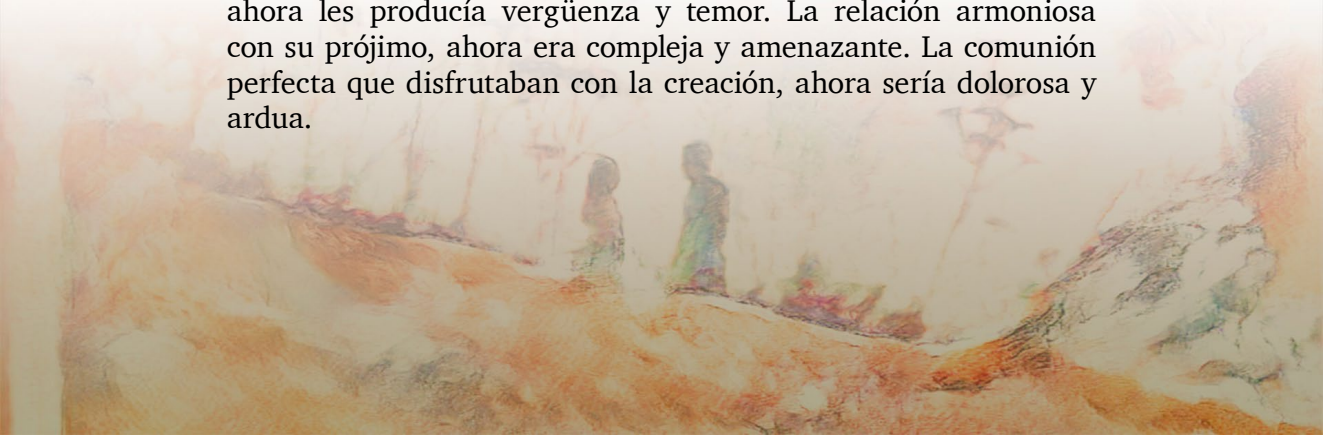
El equipo investigador confirmaba con este estudio que el ser humano fue diseñado para vivir en comunidad y que las relaciones interpersonales tenían efectos impresionantes no solo sobre la salud física, sino también sobre la calidad y longevidad de la vida.

EL LLAMADO A LA COMUNIDAD

La Biblia también nos habla de la vida en comunidad. Dios nos creó para vivir en comunidad y especialmente para vivir en comunión con Él. En Génesis leemos que el Señor hizo a Adán y Eva a *su imagen y semejanza* (1:26a), lo que implicaba que serían sus agentes en el mundo para manifestar su reinado al ejercer dominio sobre la creación y extendiendo su presencia al ser fecundos, multiplicarse y cultivar el Edén (1:26-29).

El ser humano no fue creado para vivir en autonomía sin depender de nada ni nadie y gobernar sobre la creación de acuerdo con sus propias capacidades y sabiduría. Más bien, fue creado para participar como agentes comunitarios de Dios, en la misión de Dios. Sin embargo, ellos rechazaron la voluntad de Dios y en su lugar aceptaron vivir bajo el reinado del «dios de este mundo» (2 Co 4:4).

Lo que parecía el descubrimiento de la autonomía (Gn 3:5), resultó ser el inicio de una vida de esclavitud al pecado, con consecuencias devastadoras. La relación plena y gozosa con Dios, ahora les producía vergüenza y temor. La relación armoniosa con su prójimo, ahora era compleja y amenazante. La comunión perfecta que disfrutaban con la creación, ahora sería dolorosa y ardua.



No es de extrañarse que un estudio como el citado al principio refleje esta verdad del evangelio: fuimos creados a imagen y semejanza de Dios para ser de bendición unos a otros. Aunque el pecado interfirió en el plan de Dios, no logró alterar la forma en que fuimos constituidos y su propósito eterno. Recordemos que una de las primeras observaciones que el Señor hizo de Adán fue, «No es bueno que el hombre esté solo» (Gn 2:18). Por eso debemos vencer una de las mayores amenazas para la vida en comunidad y el Señor nos ha mostrado el camino para hacerlo.

“El corazón del problema del ser humano, es un problema del corazón”.

LA AMENAZA PARA LA VIDA EN COMUNIDAD

La epístola de Santiago nos ofrece varios principios bíblicos prácticos para una vida en comunidad bendecida, satisfactoria y larga. Por ejemplo, nos exhorta a no mostrar favoritismo, sino tratar a todos por igual (2:1-13); suplir las necesidades de nuestros hermanos (2:14-26); usar nuestra lengua para traer bendición y no destrucción a quienes nos oyen (3:1-12); y vivir de acuerdo a la sabiduría que viene de lo alto, cuyo fruto es la justicia y la paz (3:13-18).

Santiago no ve la sabiduría como un término abstracto o una virtud meramente espiritual. Al contrario, nos describe el fruto visible de la sabiduría que trae edificación y paz no solo al que la posee, sino también a los que lo rodean. Por eso también nos advierte sobre una amenaza peligrosa para la vida en comunidad que también podría originarse en nuestros corazones.

Es muy probable que Santiago tuviera en mente mientras escribía algunas guerras y conflictos entre los cristianos de aquellos días. Aunque no nos dice específicamente cuáles eran esos conflictos, sí nos señala la causa: «las pasiones que combaten en sus miembros» (4:1). Podría definir las «pasiones» como los deseos fuertes y preferencias egoístas que buscan satisfacernos a nosotros mismos. Esta envidia y ambición personal no solo estaba provocando combates y guerras entre ellos, sino también la muerte misma (v. 2). Santiago nos recuerda que el corazón del problema del ser humano, es un problema del corazón.

Aunque muchas veces queremos buscar excusas y justificaciones fuera de nosotros, la Biblia nos recuerda que pecamos porque así lo hemos querido: cuando somos llevados y seducidos por nuestras propias pasiones (1:14).

Nuestro corazón autocentrado, autónomo y egoísta representa no solo una amenaza para nuestras relaciones interpersonales, sino también para la vida en comunidad en el contexto de la iglesia, especialmente en tiempos de pandemia, cuando somos seducidos por la búsqueda del bienestar personal a costa de la iglesia local.

Tal como escribió el teólogo alemán, Dietrich Bonhoeffer:

Olvidamos fácilmente que la vida entre cristianos es un don del reino de Dios que nos puede ser arrebatado en cualquier momento y que, en un instante también, podemos ser abandonados a la más completa soledad. Por eso, a quien le haya sido concedido experimentar esta gracia extraordinaria de la vida comunitaria ique alabe a Dios con todo su corazón; que, arrodillado, le dé gracias y confiese que es una gracia, y solamente gracia! (Vida en Comunidad, p. 12).

No olvidemos el alto valor de la vida en comunidad y el alto peligro de caer en la negligencia del rechazo y menosprecio hacia la comunidad cristiana. No abandones la comunión de los creyentes por deseos individualistas. Pero tampoco busques la iglesia con motivaciones egoístas. Bonhoeffer vuelve a advertirnos:

Debemos renunciar al turbio anhelo que nos empuja siempre a desear algo más. Desear algo más que lo que Cristo ha fundado entre nosotros no es desear la fraternidad cristiana, sino ir en busca de quién sabe qué experiencias extraordinarias que uno piensa que va a encontrar en la comunidad cristiana y que no ha encontrado en otra parte, introduciendo así en la comunidad el turbador fermento de los propios deseos (Ibíd, p. 18).

¿Ha sido tu corazón alentado y motivado a buscar la comunión con tu iglesia local en medio de la pandemia? ¿Este tiempo de ausencia personal y distanciamiento social te ha llevado a anhelar y valorar aún más el extraordinario regalo de la comunidad de la iglesia local? ¿O más bien este tiempo se convirtió en la oportunidad perfecta para buscar satisfacer solo tus intereses, alejarte de aquellos que esperan de ti y enfriarte en tu amor por los demás?

LA CLAVE PARA LA VIDA EN COMUNIDAD

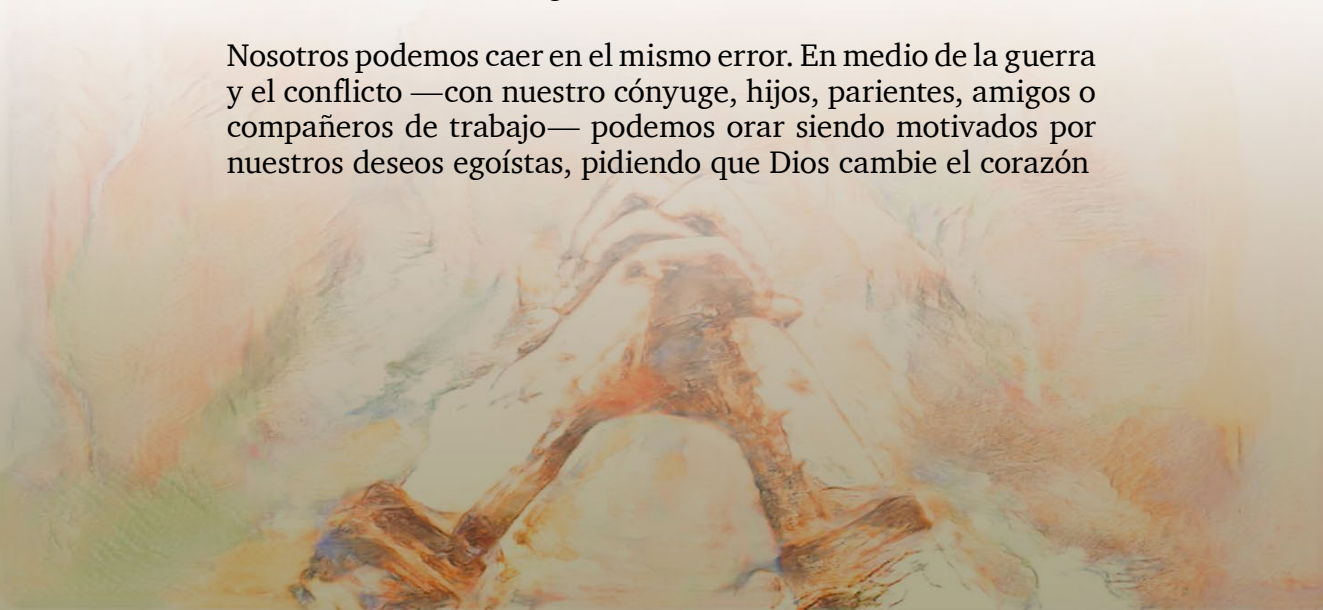
Santiago les dice a sus lectores: «Piden y no reciben, porque piden con malos propósitos, para gastarlo en sus placeres» (4:3). No sabemos qué pedían en sus oraciones, pero según el contexto podemos deducir que buscaban algún tipo de sabiduría que les permitiera ganar reconocimiento cómo líderes de la comunidad.

Ellos querían ser maestros y se jactaban de ser sabios y entendidos entre los demás (3:1, 13). Pero no obtenían la capacidad e influencia que querían porque pedían para satisfacer sus propios deseos y no para servir de forma desinteresada entre los cristianos.

Lo que motivaba la vida y las oraciones de estos cristianos era una ambición personal, pero no la edificación de la iglesia o el bienestar de los demás.

“La clave para la vida en comunidad no está en buscar nuestro propio deleite egoísta, sino más bien en encontrar nuestro máximo deleite en Dios”.

Nosotros podemos caer en el mismo error. En medio de la guerra y el conflicto —con nuestro cónyuge, hijos, parientes, amigos o compañeros de trabajo— podemos orar siendo motivados por nuestros deseos egoístas, pidiendo que Dios cambie el corazón



de ellos, pero no con la intención de que Dios transforme a la otra persona para su bendición y edificación. Más bien, lo que buscamos es una resolución a *nuestro* problema de modo que tengamos placer, descanso y satisfacción propia.

La clave para la vida en comunidad no está en buscar nuestro propio deleite egoísta, sino, más bien, en encontrar nuestro máximo deleite en Dios. Santiago nos recuerda esto cuando nos enseña que la oración no es para satisfacer nuestros deseos naturales, sino para dar frutos que glorifiquen a Dios.

El mayor desafío que tenemos los seres humanos es recordar que no nos pertenecemos a nosotros mismos. Fuimos creados por y para Dios. Por lo tanto, debemos anhelar ser personas que no estén dominadas por sus propias pasiones y deseos egoístas, y que no pretendan usar a Dios para sus propios fines. Más bien, debemos anhelar seguir el ejemplo de Jesucristo y ser como aquellos que entregan su vida por completo para ser usados por Dios y hacer su voluntad.

LA ESPERANZA PARA LA VIDA EN COMUNIDAD

Posiblemente te preguntes, ¿qué puedo hacer en mis propias fuerzas para cambiar y limpiar mi corazón de estos deseos egoístas? La respuesta es: ¡Nada! No hay nada que tú y yo podamos hacer para mejorar nuestra condición, porque la respuesta no está en lo que podamos hacer, sino más bien en lo que el Señor ya hizo por nosotros.

La buena noticia que nos da Santiago es que ante las amenazas para la vida en comunidad, y en medio de nuestras guerras y conflictos, ¡hay una salida en Cristo!

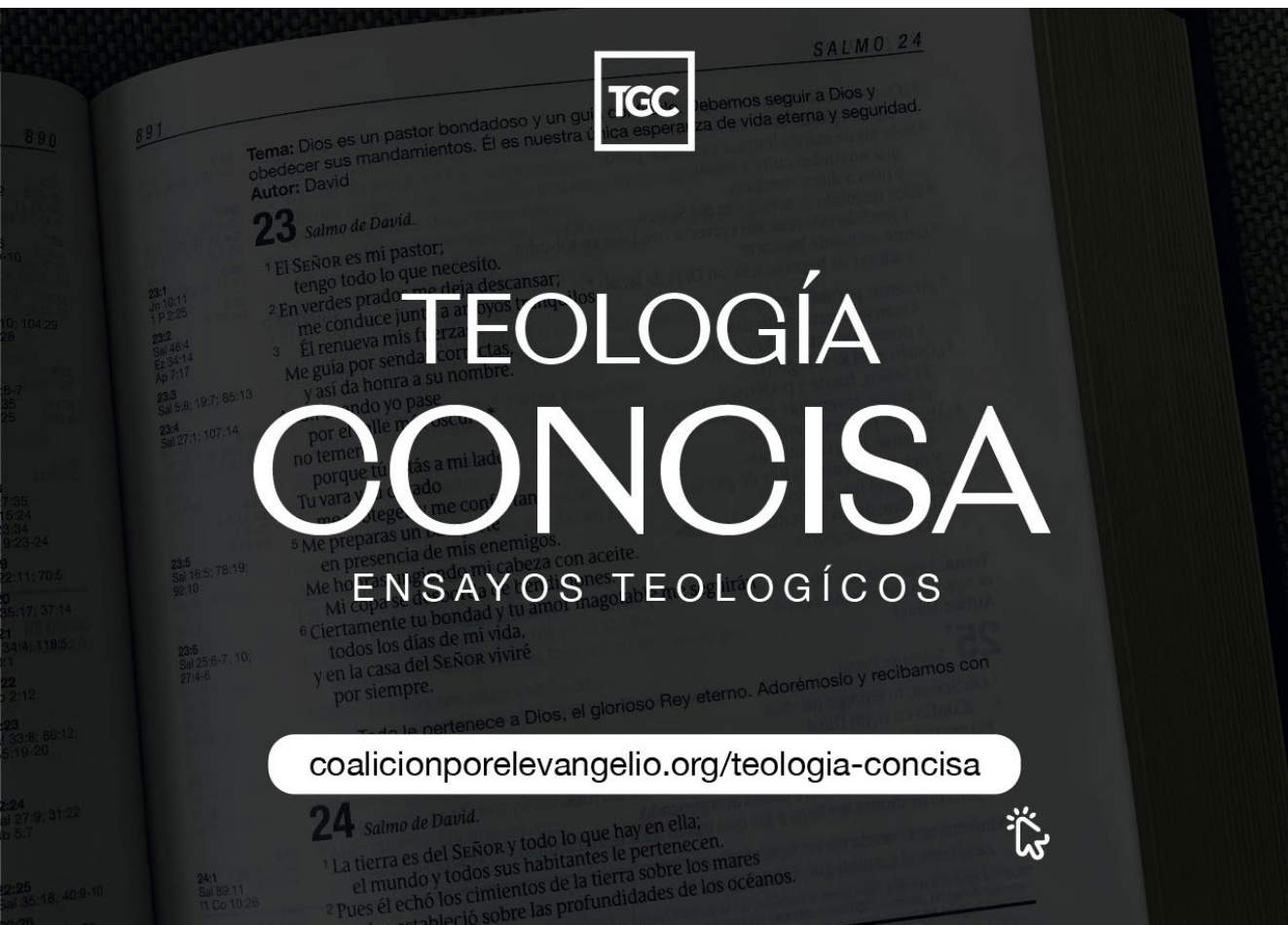
La mayor guerra y conflicto en que tú y yo nos encontrábamos, a causa de nuestras pasiones, eran contra Dios. Pero la Biblia nos dice que al haber sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Ro 5:1). ¡En Él hemos sido reconciliados con Dios para siempre! Ya no somos más sus enemigos, sino que ahora somos llamados amigos de Dios, hijos adoptados por la obra de Cristo.

La separación y nuestra rebeldía contra Dios es el conflicto y la guerra que debe cargar nuestro corazón. La buena noticia es

que Cristo ya lo resolvió en la cruz. Este corazón corrompido por el pecado, lleno de pasiones egoístas y ambiciones personales puede ser transformado por Él, tal como dijo Dios por medio del profeta Ezequiel: «Les daré un corazón nuevo y pondré un Espíritu en ustedes para que sigan mis decretos y se aseguren de obedecer mis ordenanzas» (Ez 36:26-28).

¡Él lo ha hecho todo! Así que aférrate a Cristo y a su obra en la cruz. Permanece en Dios, sigue el ejemplo y las pisadas que nuestro Señor ha dejado y que su Palabra permanezca en ti. De esta manera, tu corazón no irá fácilmente tras sus propias pasiones y tus oraciones dejarán de ser motivadas por el egoísmo y la ambición personal. En el poder del Espíritu Santo, busca la obediencia a Dios y la gloria de su nombre en medio toda situación que enfrentes en la vida en comunidad.

[1] Julianne Holt-Lunstad, Timothy B. Smith, J. Bradley Layton, *Social Relationships and Mortality Risk: A Meta-analytic Review*, publicado: Julio 27, 2010. Consultado en: <https://doi.org/10.1371/journal.pmed.1000316>



TEOLOGÍA CONCISA

ENSAYOS TEOLÓGICOS

coalicionporelevangelio.org/teologia-concisa



Luz para la humanidad

Si buscas en Wikipedia la definición de *fotografía*, encontrarás esta: «es el arte y la técnica de obtener imágenes duraderas debido a la acción de la luz». Es imposible tomar fotografías sin luz. Así que cuando pienso en que la Biblia describe a Dios como luz (1 Jn 1:5), pienso también que, en última instancia, no existirían las fotografías sin Él. De hecho, hacer algo sin Dios, al final, es hacer algo que se desvanece y dejará de existir.

Hace varios años, en una venta de garaje, Dios me regaló una cámara de fotos. Ahí me encontraba yo sin saber que ese sería el comienzo de un camino en lo audiovisual junto al privilegio de servir en mi iglesia local. Tuve y tengo la oportunidad de realizar viajes misioneros y llevar mi cámara conmigo, y en las siguientes fotos puedes ver lugares como Cachi, La Rinconada, Los Pozos y Piedra Blanca, en Argentina.

En estos viajes tengo contacto con muchas personas y sus historias. Dios ha puesto tanto peso en mí por esta gente, que mi único objetivo en cada fotografía es intentar plasmar cómo es la mirada amorosa de Dios hacia nosotros. Tomo fotografías de gente que, más allá de aparentar ser pobres en lo económico, realmente son pobres en espíritu: necesitan a Dios al igual que lo necesitamos nosotros. ¡Y son bienaventurados quienes reconocen su pobreza espiritual y entregan su vida al Señor! (Mt 5:3).

Es mi oración que esta breve selección fotográfica de personas en lugares remotos y hambrientos de la Palabra de Dios nos anime a compartir con todo el mundo la buena noticia de Jesús. Él es Aquel que dijo: «Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida» (Jn 8:12).

— Nicolás Quinteros
(Instagram: [@quinterosnico3](#))









Imperfection is
BEAUTY

PINK

PLASTAT
REINFORCED
POLYMER
04/21



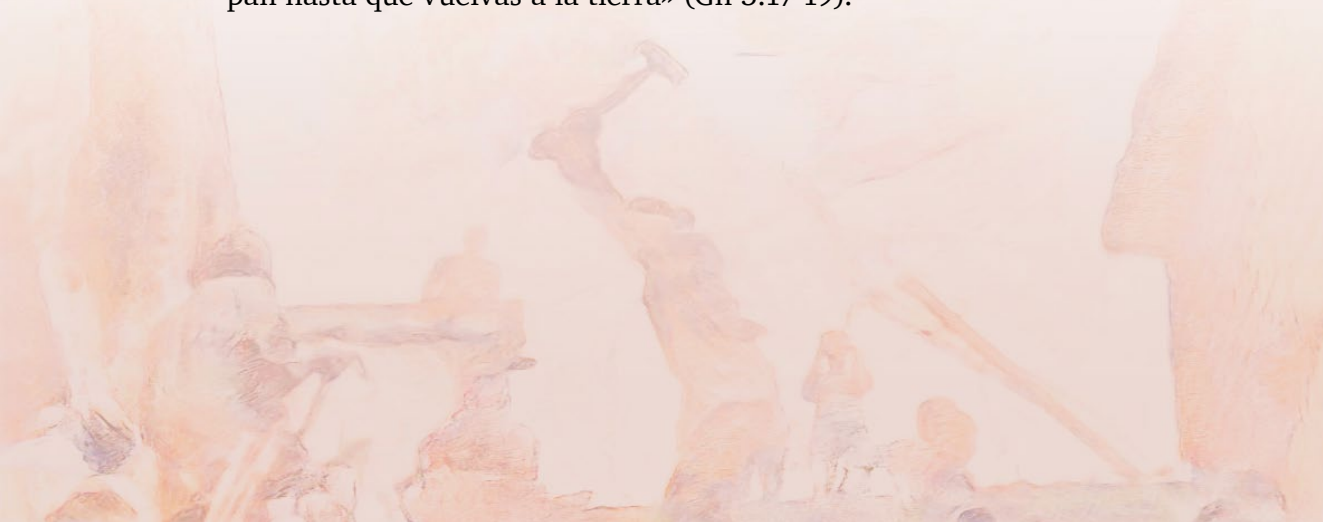
CON EL SUDOR DE TU FRENTE una respuesta al trabajo arduo

POR JOEL ROSARIO

Tiempo atrás un conferencista presentó este escenario a su audiencia: «Imagina que llegas a casa después del trabajo y te enteras de que un familiar lejano te ha dejado una herencia de \$10,000,000 dólares. ¿Qué harías? ¿Irías a trabajar mañana?». La respuesta de los 5,000 asistentes fue un «NO» unánime. ¿Por qué?

Esto no debería sorprendernos. Estadísticas revelan que un porcentaje alto de la sociedad no está a gusto con su trabajo (más del 70% en Estados Unidos, reflejado de diferentes maneras). Para el mundo en que vivimos, el trabajo es un mal necesario. Es probable que estés leyendo este artículo un día donde todo salió mal y te identificas con aquellos que no disfrutaban su trabajo. Pero ¿de dónde proviene esta idea? ¿Es bíblica?

Para muchos de nosotros, cada lunes nos recuerda por qué despreciamos nuestro empleo. Anhelamos llegar al fin de semana lo más rápido posible. En los días buenos piensas: «vanidad de vanidades... todo es vanidad. ¿Qué provecho recibe el hombre de todo el trabajo con que se afana bajo el sol?» (Ec 1:2-3). En los días malos recuerdas: «maldita será la tierra por tu causa... espinos y cardos producirá... con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra» (Gn 3:17-19).



La experiencia nos ha limitado a interpretar nuestro trabajo de manera pesimista. Por esta razón te sorprenderás al recibir mi invitación: caminemos juntos a través de la Escritura para descubrir teológicamente y de forma práctica las posibilidades redentoras, creativas, productivas y ministeriales que existen para aquellos que participan en el mundo laboral. La Palabra de Dios lo afirma.

Lo primero que debemos reconocer es que los empleos son un mundo complejo debido a la profundidad de sentimientos que experimentamos en ellos. Cuando vamos a trabajar, enfrentamos muchas incógnitas: nuestra identidad, el significado y la influencia que tenemos en el mundo, el propósito para el que vivimos, nuestro llamado, el discipulado, la ética correcta, responsabilidad, testimonio, evangelización, etc. Si no tenemos cuidado, alcanzaremos conclusiones que no han sido redimidas por la Palabra de Dios.

Creados a imagen de Dios para trabajar

La historia de la creación es una afirmación definitiva de nuestro origen y el plan de Dios. En los primeros capítulos de Génesis, Dios establece su reino al crear a Adán y Eva (su pueblo) y colocarlos en un lugar bajo su reinado. Dios crea el hombre «a su imagen, conforme a su semejanza» (Gn 1:26) y le entrega dos responsabilidades categóricas: «(1) sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra... (2) ejerzan dominio sobre.... todo ser viviente que se mueve sobre la tierra» (v. 28).

“El trabajo siempre ha sido el plan original de Dios para el ser humano y por ende debe considerarse parte esencial de nuestra participación en el plan de Dios”.

La doctrina del *Imago Dei* (imagen de Dios) ocuparía páginas y páginas de desarrollo para ser explicada. Para nuestros propósitos, argumentaré que como criaturas hechas a la imagen de Dios tenemos como responsabilidad ser administradores en nombre de Dios. Somos encargados de desarrollar el potencial de la creación de Dios para que toda ella pueda celebrar la gloria de Dios al exaltar su nombre, y así sirvamos nuestro prójimo y desarrollemos el potencial de lo creado para construir cosas hermosas. Craig Bartholomew lo explica de esta forma: «A medida que tomamos

los mandatos creativos de Dios de “[que] sea...” y desarrollamos el potencial en ellos, continuamos difundiendo la fragancia de su presencia por todo el mundo que ha creado».[1]

El trabajo siempre ha sido el plan original de Dios para el ser humano y por ende debe considerarse parte esencial de nuestra participación en el plan de Dios.

Caída: la imagen de Dios distorsionada

Pero la triste realidad es que fuimos expulsados del Edén debido al pecado de nuestro padre Adán. A pesar de que Dios les ofreció todo el fruto del huerto, a excepción del «árbol del conocimiento del bien y del mal» (Gn 2:17), Adán y Eva cedieron a la tentación de la serpiente y buscaron establecer su autonomía. Este árbol representaba «la posibilidad y certeza de provisión (bueno para alimento), placer (agradable a la vista) y poder (deseable para adquirir sabiduría) apartados de Dios (Gn 3:6)».[2]

¿Qué ocurrió exactamente en este momento de la historia? En términos generales, hay una separación entre el hombre y Dios. Los teólogos la identifican como una muerte espiritual, y la introducción y certeza de la muerte física. Además de eso, hay una ruptura en la relación del hombre y la mujer.

Finalmente, Adán y Eva son expulsados del huerto. Este es el momento de preguntarnos: ¿cuáles son las implicaciones de la caída sobre el mundo laboral en el que ejercemos?



Aptitud, integridad y la gloria de Dios

Génesis afirma que la tierra producirá «espinos y cardos» y, por lo tanto, nuestro trabajo siempre requerirá el sudor de la frente (Gn 3:16). Pero la manera en que esto afecta nuestras vidas laborales es muy interesante. Consideremos dos historias importantes: (1) Caín y Abel; (2) la torre de Babel.

Luego de ser expulsados del Edén, el autor de Génesis nos dice que Eva da a luz a Caín y Abel. Sin tardar mucho tiempo, descubrimos que ellos deben traer «ofrenda del fruto de la tierra» y que Dios da el visto bueno a Abel pero no a Caín, porque el corazón de este no estaba en el lugar correcto. La reacción de Caín a esta experiencia es muy significativa, porque en vez de ser inspirado por la calidad y el corazón de su hermano (su aptitud), entiende que la respuesta correcta es eliminarlo. La Biblia establece que una de las áreas donde veremos el pecado afectando nuestro trabajo es en nuestra relación con nuestro prójimo.

En segundo lugar, vemos que, aunque Dios continúa extendiendo su gracia a los hombres y mujeres al otorgarles dones y habilidades, ellos están naturalmente centrados en sí mismos. En Génesis leemos que «[los hombres] dijeron: “vamos, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta los cielos, y hagámonos un nombre famoso, para que no seamos dispersados sobre la superficie de toda la tierra”» (Gn 11:4). Además de la ruptura con nuestro prójimo, el futuro de la creación incluye sociedades cuyo deseo por autonomía les hará trabajar para demostrar que no necesitan de Dios. Aun aquellos que confiesan conocer a Dios se verán forzados a mostrar sus verdaderos colores cuando enfrenten situaciones donde no les beneficie elegir lo bueno.

“Aunque el trabajo
promete demandar el
sudor de la frente, Dios
honra a aquellos que
trabajan fielmente para
glorificar su nombre”.

La redención de Cristo en el trabajo

Es en esta etapa de desesperación que Cristo llega a nuestra vidas. Cuando Jesús redime nuestros corazones y nos transforma para ser llamados hijos de Dios al recibir el Espíritu Santo, Él penetra todas las áreas de la vida, más allá del alcance del pecado en la caída. Si Dios transforma nuestros corazones, ¿cómo no podría transformar las áreas donde nos desenvolvemos?

Carl Henry explica: «el trabajo se convierte en una estación de paso de testimonio y servicio espiritual, un puente que se transita diariamente entre la teología y la ética social. En otras palabras, el trabajo para el creyente es una mayordomía sagrada y, al cumplir con su trabajo, afirmará el testimonio cristiano».[3]

Aunque el trabajo demanda el sudor de la frente, Dios honra a aquellos que trabajan fielmente para glorificar su nombre. Cuando nuestro objetivo pasa a ser la gloria de Dios, el servicio a nuestro prójimo y la buena administración de la creación de Dios, podemos esperar una gran satisfacción marcada por sudor y por el placer de Dios en nuestras vidas. Por lo tanto, «donde sea que trabajemos, podemos estar seguros de que Dios puede usarnos a través de nuestro llamado vocacional para influir a nuestros compañeros de trabajo, nuestra empresa, nuestra nación y el mundo para la gloria de Dios».[4]

[1] *The Drama of Scripture*, p. 34.

[2] *Lessons from Scripture*, p. 22.

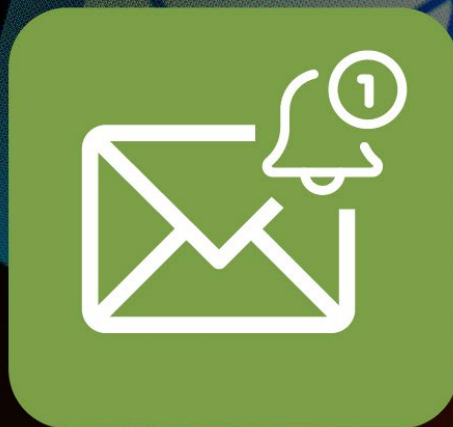
[3] *Aspects of Christian Social Ethics* 1964, p. 31.

[4] *How Then Shall We Work?*, p. 44.



NUESTRO MEJOR CONTENIDO
DIRECTO A TU CORREO

¡SUSCRÍBETE!



2

COALICIONPORELEVANGELIO.ORG/CORREOS



¡Síguenos en nuestras
Redes Sociales!



@coalicionporevangelio



Coalición por el Evangelio



@coalicionporevangelio



Coalición por el Evangelio



www.coalicionporevangelio.org

La imitación

COMO DISCIPLINA ESPIRITUAL

POR ANA ÁVILA

«Imítame a mí».

El peso de esas palabras suele escapar de nuestro entendimiento... hasta que vienen los hijos.

Cuando el torbellino de pañales y biberones se disipe, casi sin advertencia alguna, te encontrarás frente a frente con un «mini tú». Por más que lo intentes, ignorar su semejanza a ti es imposible. Es un espejo al que no podemos dar la espalda; un reflejo que nos sigue a todos lados.

La capacidad de imitación de los «mini tú» es asombrosa. Repiten nuestras palabras sin entenderlas (iy con frecuencia en el contexto adecuado!). Exigen unirse a nuestros pasatiempos preferidos. Replican nuestros gestos y el tono en el que respondemos cuando alguien nos pide un favor. Copian nuestra obsesión por las pantallas y la manera en que ordenamos la casa de mala gana.

«Sean imitadores de mí» (1 Co 11:1).

Cuando leemos estas palabras de Pablo por primera vez, podrían sonar como una declaración arrogante. «Miren lo bueno que soy. Sean como yo». Sin embargo, cuando nos detenemos a pensarlo nos damos cuenta de que el apóstol simplemente está abrazando lo inevitable y cumpliendo con su responsabilidad. ¿Por qué? Porque todo ser humano aprende imitando. Todo ser humano es un «yo» y un «mini tú» al mismo tiempo.

LIBRE PARA IMITAR

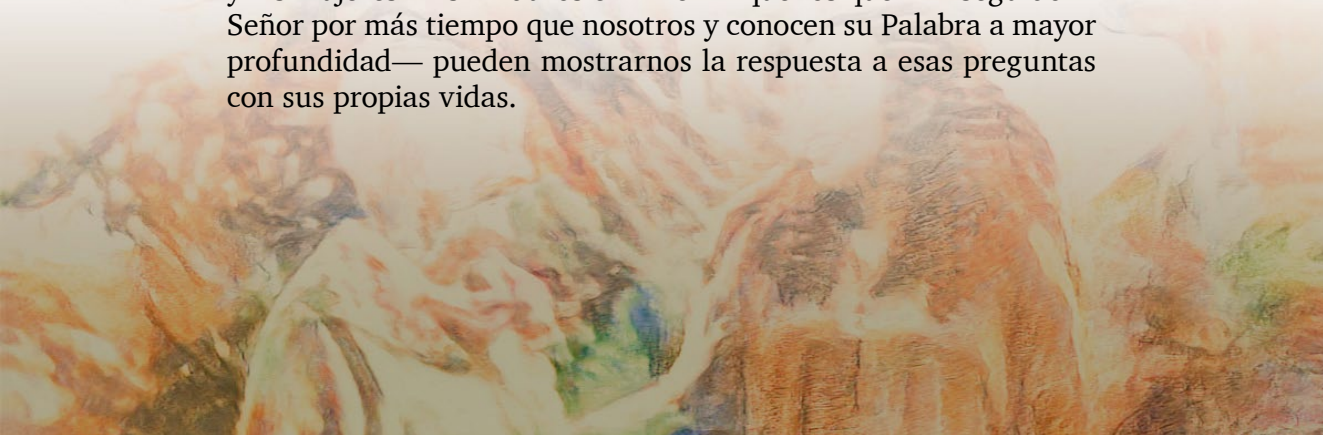
A pesar de su inevitabilidad, la imitación es algo de lo que preferiríamos escapar. Vivimos en una sociedad que nos exhorta a «trazar nuestro propio camino» y «ser únicos». La idea de ser una «copia» o «imitación» de alguien más nos resulta ofensiva. Queremos ser completamente originales. Queremos definir nuestra identidad y destino de manera independiente.

Pero, lejos de liberarnos, el afán de «encontrarnos a nosotros mismos» nos ha dejado frustrados, agotados y extraviados. El problema es que las preguntas más profundas de la vida —¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Para qué estoy aquí? ¿Cómo debo caminar en esta vida?— tienen una respuesta objetiva externa a nosotros. El camino ya está trazado y hay miles de personas que lo han transitado antes que nosotros. Podemos seguirlos con seguridad y con gozo.

“Cada uno de nosotros es influencia para alguien más: ¡Seas quien seas, alguien te está mirando!”.

El tema de la imitación es recurrente en las epístolas de Pablo (1 Co 4:16; 11:1; Fil 3:17; 1 Ts 1:6) y se menciona también en la carta a los Hebreos (He 6:12). Esto no tiene nada de extraño. Después de todo, Dios nos creó para vivir en comunidad, nos hizo parte de la Iglesia, nos dio dones para edificarnos unos a otros y nos concedió líderes para enseñarnos y guiarnos en la verdad.

¿Cómo luce amar a Dios y al prójimo en la vida real? ¿Cómo podemos cumplir la Gran Comisión (Mt 28:16-20) en nuestro contexto particular? ¿Cómo transforma el evangelio nuestras relaciones, nuestros trabajos y nuestra generosidad? Los hombres y las mujeres más maduros en la fe —aquellos que han seguido al Señor por más tiempo que nosotros y conocen su Palabra a mayor profundidad— pueden mostrarnos la respuesta a esas preguntas con sus propias vidas.



El propósito de la imitación bíblica no es seguir a otros ciegamente. Jesús mismo advirtió sobre los líderes malos: «hagan y observen todo lo que les digan; pero no hagan conforme a sus obras, porque ellos dicen y no hacen» (Mt 23:3).

“El propósito de la imitación bíblica es que seamos transformados a la imagen de Cristo”.

De hecho, el objetivo principal de imitar a aquellos que son dignos de imitar es porque ellos están buscando imitar al más digno de todos: inuestro Dios!

«Sean, pues, imitadores de Dios como hijos amados; y anden en amor, así como también Cristo les amó y se dio a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios, como fragante aroma» (Efesios 5:1-2).

El propósito de la imitación bíblica es que seamos transformados a la imagen de Cristo... es parte del proceso de restauración del *imago Dei* en nosotros, una imagen que ha sido quebrantada por el pecado. No somos criaturas nuevas para obtener una versión mejorada de nosotros mismos, sino para parecernos más y más a nuestro Señor Jesucristo.

Si las personas a las que imitamos —y sin duda todos estamos imitando a alguien— no nos están apuntando a imitar a nuestro Señor, estamos siguiéndolas en vano y para nuestra perdición. Ellos serán juzgados por su mal ejemplo, pero nosotros también somos responsables por haber escuchado su voz por encima de la de nuestro Dios y haberles seguido (Mt 23:15).

¿A QUIÉN APUNTAS TÚ?

Los líderes y maestros de nuestras iglesias tienen un llamado solemne y una responsabilidad particular de ser ejemplos dignos de imitar. Con todo, la realidad inevitable es que cada uno de nosotros es influencia para alguien más: ¡Seas quien seas, alguien te está mirando! Podrían ser tus pequeñitos en casa, el nuevo de tu iglesia que está aprendiendo a ser cristiano, la joven que se asombra con tu conocimiento bíblico o el chico que admira cómo te vistes y las fotos aventureras que subes a tus redes sociales.

¿Eres capaz de volverte hacia ellos y decirles: «imítame a mí, como yo imito a Cristo»?

Si lo que nos detiene es el temor a «quedar mal», no estamos entendiendo bien las cosas. Las personas dignas de imitar no pretenden ser perfectas. Pablo sabía que él mismo estaba lejos de la perfección, tanto que se consideraba el primero de los pecadores! (1 Ti 1:15). Ninguno de nosotros estamos completamente libres de pecado; todos nos encontramos en el proceso de ser transformados a la imagen de Aquel que nos creó.

Ser digno de imitar tiene que ver simplemente con vivir cada día buscando reflejar la gloria de Dios en el día a día... ¡incluso cuando fallamos! ¿Cuándo fue la última vez que le pediste perdón a tus hijos por exasperarlos o que te retractaste de tus palabras erradas o altisonantes en humildad y arrepentimiento? Al volvernos de nuestro pecado y caminar en la luz también podemos decirles a otros (la mayoría de las veces sin palabras!) «¡imítame a mí, como yo imito a Cristo».

Muchos pasan demasiado tiempo tratando de presentar una imagen pulida de sí mismos en las redes sociales o en las conversaciones rápidas después de las reuniones de la iglesia. Quieren mostrar su «mejor cara» y ganarse el respeto de otros por sus logros o apariencia. «¡Imítame a mí!», dicen sus vidas... olvidándose del «como yo imito a Cristo». ¡Dios nos libre de tal cosa! Que nuestro afán jamás sea apuntar a otros a nosotros mismos, sino que apuntemos a la gloria del Único que puede satisfacer el corazón de cada ser humano.

¿Cuál es el mensaje que otros perciben cuando nos miran? ¿«Imítame a mí porque soy el mejor»? ¿«Imita lo que digo y no lo que hago»? ¿«Por favor ni te voltees a verme»? ¿O podemos decir como Pablo —deseosos por ver la imagen de Dios llenando la tierra— «Imítame a mí como yo imito a Cristo»?





¿CONOCES NUESTROS PODCASTS?



Sermón para
tu Semana



De la Biblia
a la Vida



Coalición
Podcast



Piensa Podcast



Textos fuera de
Contexto



¡ENCUÉNTRALOS EN TU
PLATAFORMA FAVORITA!

coalicionporelevangelio.org/podcasts

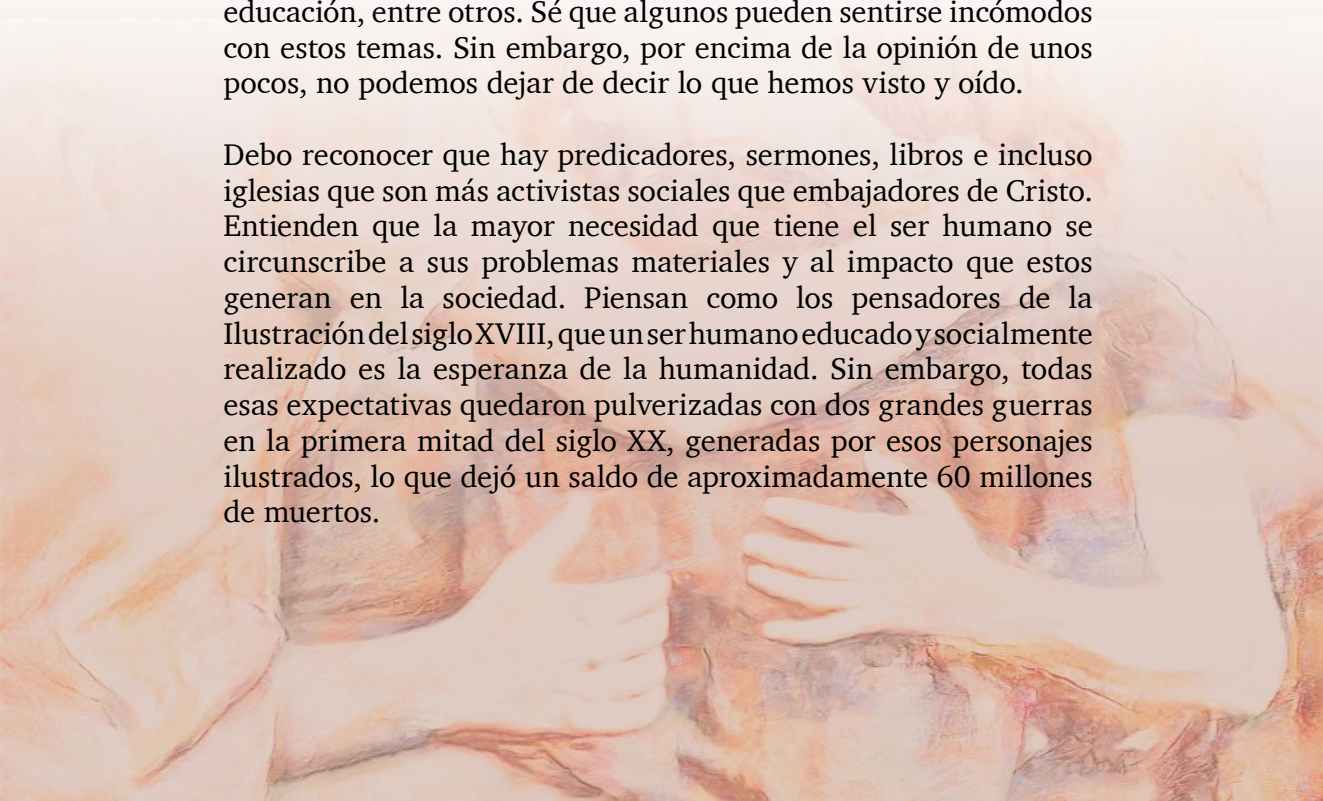
«¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?» No perdamos de vista al que sufre

POR OTTO SÁNCHEZ

Una o dos personas que asistían a nuestra iglesia dejaron de hacerlo hace un tiempo. Ellos decían que yo había dejado de predicar el evangelio de Cristo por predicar un «evangelio de justicia social». Como pastor con unos treinta años en el ministerio, he podido comprobar la cantidad de alegatos que una persona puede elaborar como mecanismo de defensa para que su conciencia no la mortifique. La tendencia es que, si hay algo que no le gusta o con lo que no está de acuerdo, simplemente lo descarta con malos argumentos que no resisten el análisis.

Todo comenzó cuando empecé a enseñar a la iglesia sobre algunos problemas éticos de actualidad que estaban relacionados con el hambre, la corrupción política, la compasión, la sexualidad, la educación, entre otros. Sé que algunos pueden sentirse incómodos con estos temas. Sin embargo, por encima de la opinión de unos pocos, no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.

Debo reconocer que hay predicadores, sermones, libros e incluso iglesias que son más activistas sociales que embajadores de Cristo. Entienden que la mayor necesidad que tiene el ser humano se circunscribe a sus problemas materiales y al impacto que estos generan en la sociedad. Piensan como los pensadores de la Ilustración del siglo XVIII, que un ser humano educado y socialmente realizado es la esperanza de la humanidad. Sin embargo, todas esas expectativas quedaron pulverizadas con dos grandes guerras en la primera mitad del siglo XX, generadas por esos personajes ilustrados, lo que dejó un saldo de aproximadamente 60 millones de muertos.



En la antípoda de esta posición están los que ven el mundo actual desde una perspectiva que llamo «escatología fatalista». Han divorciado el evangelio de la compasión, el trabajo, el servicio al prójimo y la esperanza, porque Cristo viene y no hay nada que podamos hacer para arreglar este mundo. Padecen del «síndrome tesalónico» fundamentado en una mala concepción de los roles de la iglesia en estos últimos tiempos, lo que los ha llevado a ser indiferentes, espectadores sin alma ni sentimientos de los males que aquejan a nuestro mundo contemporáneo.

“Puedo entender que la falta de compasión caracterice el mundo de hoy, pero no a la iglesia de Cristo”.

No puedes separar el evangelio de la compasión

Puedo entender que la falta de compasión caracterice el mundo de hoy, pero no a la iglesia de Cristo. No hay forma de que podamos separar la piedad y todas las virtudes que tienen que ver con restaurar el *imago Dei* en los seres humanos. Es urgente que vivamos el evangelio como Cristo nos lo modela, porque este apremio no solo lo encontramos en las Escrituras, sino también en el mundo caído y sin Dios que lo pide a gritos. Una sociedad que clama por justicia y por misericordia; pide pan y tiene sed; tiene dolor y está de luto; está llorosa y perturbada y no hay que la consuele entre todos sus amantes porque necesita de Cristo y, por ende, recobrar su dignidad.

El periodista y escritor español Pedro Quartango, en una publicación del diario ABC del 2018, hace una dramática descripción del sufrimiento, la maldad y el dolor instalados en nuestros días: «Lo vemos en la calle, en un hospital, en una pantalla, en la casa de un vecino. Está en todos los sitios y en ninguno. A veces, miramos para otro lado para no verlo, pero acaba por mostrarse cuando menos lo esperamos. Desgraciadamente, el mal no se puede erradicar con las armas ni los ejércitos... es algo esencialmente individual, es un proceso de corrupción del espíritu, una enfermedad del alma cuando se pierden los valores». El tormento y la angustia están en todas partes. No hacen acepción de personas. Viven en los palacetes y en los arrabales; se visten de frac y de harapos. Sufre el millonario y sufre el indigente por igual, con la diferencia de que el rico puede disimularlo, el pobre no.

La compasión nace en el corazón de Dios

La Biblia está repleta de acciones compasivas: desde una princesa egipcia que tuvo compasión de un niño hebreo dentro una canastilla a la deriva (Éx 2:6), hasta el clamor de un hombre devoto a sus amigos para que tuvieran compasión de él (Job 19:21). Dios dice por medio de uno de sus profetas que Él se inclina al perdón y le dice a Israel: «Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión» (Os 11:8). En el Nuevo Testamento, la palabra «compasión» aparece 25 veces; la mitad de estas se encuentran en los evangelios y siempre relacionadas con el ministerio de nuestro Señor Jesucristo. Con algunas variantes, la distribución es básicamente la siguiente: En Mateo, cinco veces (9:36; 14:14; 15:32; 18:37 y 20:34); en Marcos, tres veces (6:34; 8:2 y 9:22); y en Lucas, cuatro veces (1:78; 7:13; 10:33 y 15:20).

El vocablo empleado, por ejemplo, por Mateo («viendo las multitudes, tuvo compasión de ellas») es especialmente fuerte. Deriva de la palabra «entrañas» y se refiere a aquellos sentimientos que se sienten vivamente y hasta nos conmueven físicamente. Se trata, pues, de una compasión entrañable que conmovía a Jesús hasta lo más profundo de su ser.[1]

Examinaremos de forma concisa tres pasajes que, de alguna manera u otra, representan el alcance de nuestro Señor y las grandes áreas de atención de la compasión cristiana hacia los seres humanos:

1. Compasión por la condición espiritual (Mt 9:35-38).
2. Compasión por la condición emocional (Lc 7:11-14).
3. Compasión por la condición material (Mt 15:32).

Estos tres pasajes nos muestran que Cristo combatía la maldad y las consecuencias del pecado con la predicación del evangelio, sin descuidar las condiciones puramente humanas del individuo. Su propósito no era erradicar la pobreza y las injusticias de su época (Mt 26:11), sino mostrar a sus discípulos y a nosotros la compasión y el servicio a los demás para que sea imitado (Mt 13:15).

No podemos pensar que, porque hay algunos que han hecho del evangelio una causa puramente social, debemos concluir que ayudar al menesteroso no es una opción que le haga justicia a las Escrituras. Mostrar compasión y ayudar al necesitado es algo que debemos procurar como resultado de nuestra fe y amor por Dios, que se muestra en amor por nuestro prójimo (Mt 22:36-40).

Compasión por la necesidad espiritual

«Y viendo las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban angustiadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor» (Mateo 9:36).

El problema fundamental del ser humano es su necesidad de Dios. El vacío, la agonía, la amargura, el orgullo, la envidia, el rencor, el egoísmo y el estado de perdición del ser humano tienen su origen en la ausencia de Dios en los corazones. Por eso es que Cristo vino a este mundo. La Biblia enseña claramente:

«Jesús les respondió: “Vamos a otro lugar, a los pueblos vecinos, para que Yo predique también allí, porque para eso he venido”» (Marcos 1:38).

«Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10).

La predicación del evangelio fue y es la prioridad operativa de Cristo —y, por lo tanto, de su iglesia— para alcanzar a personas para que vivan y cumplan con el propósito para el cual fueron creados: la adoración sublime y reverente de nuestro Dios.

Compasión por la necesidad emocional

«Al verla, el Señor tuvo compasión de ella, y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y Jesús dijo: Joven, a ti te digo: ¡Levántate!» (Lucas 7:13-14).

Entre los momentos más conmovedores en la vida de nuestro Señor está su reacción ante el dominio tenebroso de la muerte. Él se cruza con una mujer que llora desconsolada por la muerte de su hijo. Solo un padre o una madre comprende lo que se quiere un hijo. El pasaje no menciona si tenía más hijos, pero

independientemente de eso, ella llora por la pérdida. Una vez más, vemos a Jesús teniendo compasión. Sabiendo que va a resucitar al joven, tiene compasión. El dolor de esta madre por el cuerpo sin vida de su hijo es intenso. Cristo, que no es ajeno al dolor humano, se conmueve teniendo compasión de ella. Lo mismo frente a la tumba de Lázaro. Allí llora (aunque no con sollozos) sabiendo que iba a resucitar a su amigo (Jn 11:35).

Compasión por la necesidad material

«Entonces Jesús, llamando junto a sí a sus discípulos, les dijo: “Tengo compasión de la multitud, porque hace ya tres días que están conmigo y no tienen qué comer; y no quiero despedirlos sin comer, no sea que desfallezcan en el camino”» (Mateo 15:32).

Aquí vemos a Jesús siendo compasivo por los hambrientos. «Tengo compasión porque hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer...». ¡Qué drama! No es que las personas tengan tres días sin comer, sino más bien que se les acabó el alimento. Se han quedado sin provisiones. La compasión de Cristo no tiene en cuenta las distintas clases de personas que hay en ese lugar. No todas se convirtieron en seguidores de Cristo, pero aún así, Él proveyó para todos como hizo con los diez leprosos (Lc 17:11-19).

“Debemos predicar el evangelio, recordando que el evangelio sin compasión no es evangelio”.

La importancia que Jesús le da al tema de la compasión en sus acciones es evidente. Además, también resalta este asunto a través de sus enseñanzas, con parábolas muy memorables como la de los dos deudores (Mt 18:2), el buen samaritano (Lc 10:33) y el hijo pródigo (Lc 15:20). La congruencia entre sus enseñanzas y su carácter refleja por completo quién es Él. Él mostró mediante ejemplos al Dios del Antiguo Testamento que es presentado como un padre piadoso (Sal 103:13) y con gran compasión por otros. Jesús no pidió nada para Él mismo, ni en la agonía del huerto, ni tampoco ante los sufrimientos de la cruz. Él no manifestó autocompasión, sino que se entregó por completo a los demás.

Como Jesús

«Por tanto, si hay algún estímulo en Cristo, si hay algún consuelo de amor, si hay alguna comunión del Espíritu, si algún afecto y compasión, hagan completo mi gozo, siendo del mismo sentir, conservando el mismo amor, unidos en espíritu, dedicados a un mismo propósito» (Filipenses 2:1-2).

Estas palabras del apóstol Pablo nos hablan de nuestro llamado a imitar a nuestro Señor. De igual forma, Pedro concluye en su epístola de manera magistral, diciendo: «En conclusión, sean todos de un mismo sentir, compasivos, fraternales, misericordiosos, y de espíritu humilde» (1 P 3:8). Al igual que Cristo, debemos predicar el evangelio, recordando que el evangelio sin compasión no es evangelio. Ser más como Cristo es ser más compasivos para gloria de Él y para bendición de todos los que vivimos en este lado de la eternidad.

Como escribió John Stott: «Si tuviéramos que resumir en una oración breve y sencilla en qué consiste la vida, el porqué Jesucristo vino a este mundo a vivir, morir y resucitar, y lo que Dios busca en este largo proceso histórico, sería difícil hallar una explicación más sucinta que ésta: Dios está haciendo a los seres humanos más humanos por medio de hacerles más como Cristo».[2]

[1] Barclay, W. *The Gospel of Matthew*, p. 116.

[2] Citado por Salvador Gómez Dickson en *Citas Edificantes*, p. 162.



RESEÑAS

¿Estás buscando un nuevo libro para leer?
Encuentra más de **250 ideas** con nuestras Reseñas Coalición

El aborto

LA MAYOR DESHUMANIZACIÓN EN NUESTRA GENERACIÓN

POR CHÁRBELA EL HAGE DE SALCEDO

Si preguntas: «¿Estás de acuerdo con el asesinato de un inocente?», la respuesta de la gran mayoría de las personas sería un rotundo «no». Sin embargo, si se pregunta a las mismas personas si están de acuerdo con el aborto, la respuesta de algunas puede que sea un «sí» sin mayores dudas.

En la acalorada y prolongada discusión del tema del aborto, el problema radica en cómo entendemos lo que médicamente se denomina «feto». Para muchos es solo una masa de tejidos; para otros, es vida humana.

«ESA NO ES MI OPINIÓN»

Las preguntas científicas de importancia, como el saber si el feto es vida humana, requerirá de una respuesta proporcionada por un profesional íntegro y objetivo. El Dr. Jérôme Lejeune (1926-1994), quien descubrió las causas del Síndrome de Down y es considerado el padre de la genética moderna, dijo lo siguiente en un informe para el subcomité judicial del senado norteamericano:

«Cuando el espermatozoide y el óvulo se encuentran, un nuevo ser humano es formado porque su propia constitución humana y personal está completamente definida. La fecundación produce una constitución personal que es enteramente única de este ser humano, la cual no ha ocurrido antes ni ocurrirá jamás. Debo decir que no hay dificultad en entender que en el principio de la vida, la información genética, la estructura molecular del huevo, el espíritu, la materia, el alma y el cuerpo ya están completamente unidos porque es el comienzo de una nueva maravilla que llamamos el ser humano».[1]

Le preguntaron, entonces, si en su opinión el feto era un ser humano. Esta fue su respuesta: «Esa no es mi opinión; esa es la enseñanza de toda la genética que he aprendido; no hay duda de que es un ser humano...».[2]

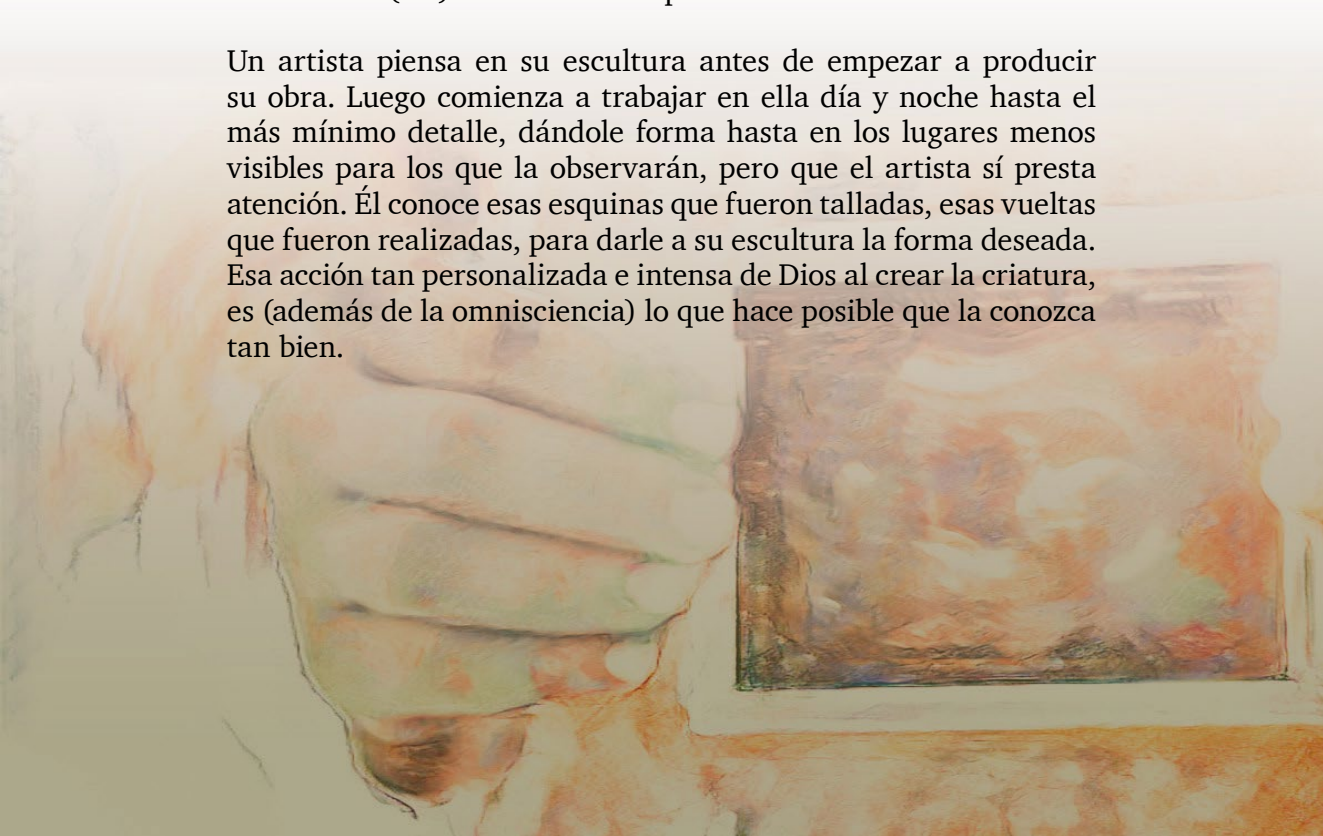
LA ENSEÑANZA BÍBLICA

Desde entonces, la ciencia sigue avalando lo que encontramos escrito en la Biblia. El Dr. Lejeune, como representante de la ciencia, coincide con el rey David: desde la concepción, hay vida humana. Fue este último quien, inspirado por Dios, escribió el Salmo 139. Sin necesitar equipos médicos sofisticados ni estudios profundos, en este salmo se le permitió reflexionar sobre su concepción en el vientre de su madre.

**“Desde la concepción,
hay vida; hay un ser
humano que está siendo
formado”.**

Lo primero que el salmista describe, y que debe ser maravilloso ante nuestros ojos, es lo mucho que su Creador lo conoce. De hecho, Dios lo conoce incluso mejor de lo que él mismo se conoce. «Aun antes de que haya palabra en mi boca, Oh SEÑOR, Tú ya la sabes toda» (v 4). ¿Cómo es esto posible?

Un artista piensa en su escultura antes de empezar a producir su obra. Luego comienza a trabajar en ella día y noche hasta el más mínimo detalle, dándole forma hasta en los lugares menos visibles para los que la observarán, pero que el artista sí presta atención. Él conoce esas esquinas que fueron talladas, esas vueltas que fueron realizadas, para darle a su escultura la forma deseada. Esa acción tan personalizada e intensa de Dios al crear la criatura, es (además de la omnisciencia) lo que hace posible que la conozca tan bien.



Debemos destacar varias verdades más en el resto del salmo. Para empezar, vemos que Dios mismo es nuestro Escultor. El salmista atribuye a Dios toda autoría: «*Tú formaste*», «*Tú hiciste*» *cada parte de mi cuerpo*. También leemos que el ser humano no es una creación cualquiera. David habla con asombro de lo complejo de su creación por parte de Dios: «Te daré gracias, porque asombrosa y maravillosamente he sido hecho» (v. 14a). En sus palabras también hay un reconocimiento de la gran destreza del Maestro Escultor.

“El salmo también nos muestra que en el vientre hay vida aun cuando humanamente no ha sido detectada por alguien más”.

Si observamos el funcionamiento de cada parte de nuestro cuerpo nos daremos cuenta de su complejidad. He lidiado desde mi niñez con mis ojos miopes, por lo que he tenido que aprender de la estructura del ojo. Si lo estudias, te darás cuenta de lo complejo y sofisticado que es ese órgano. Si así son los ojos, ¡cuánto más complejos son otros órganos como el pulmón y el corazón! ¡Maravillosa y compleja creación!

Si observamos el funcionamiento de cada parte de nuestro cuerpo nos daremos cuenta de su complejidad. He lidiado desde mi niñez con mis ojos miopes, por lo que he tenido que aprender de la estructura del ojo. Si lo estudias, te darás cuenta de lo complejo y sofisticado que es ese órgano. Si así son los ojos, ¡cuánto más complejos son otros órganos como el pulmón y el corazón! ¡Maravillosa y compleja creación!

El salmo también nos muestra que en el vientre hay vida aun cuando humanamente no ha sido detectada por alguien más. «No estaba oculto de Ti mi cuerpo, Cuando en secreto fui formado» (v. 15). Desde el primer día de la concepción, Dios describe esta «bola de tejidos» (así se le llama hoy) como una persona. Algunas personas en las ciencias han querido obviar este detalle, que tanto Dios como ellos han descrito: ¡desde la concepción, hay vida! Hay un ser humano que está siendo formado. Solo le resta seguir creciendo y formándose, pero ya hay vida humana; es alguien hecho a imagen y semejanza de Dios.

Como comenta el teólogo D. A. Carson: «Cada embrión es una persona, una posesión creativa de Dios, con días planeados de antemano, una vida decretada en los cielos para ser vivida en la tierra».[3] Las personas que luchan a favor del aborto, ¿qué tan conscientes están de estas verdades que Dios mismo describe en su Palabra?

UN LLAMADO A LAS MUJERES

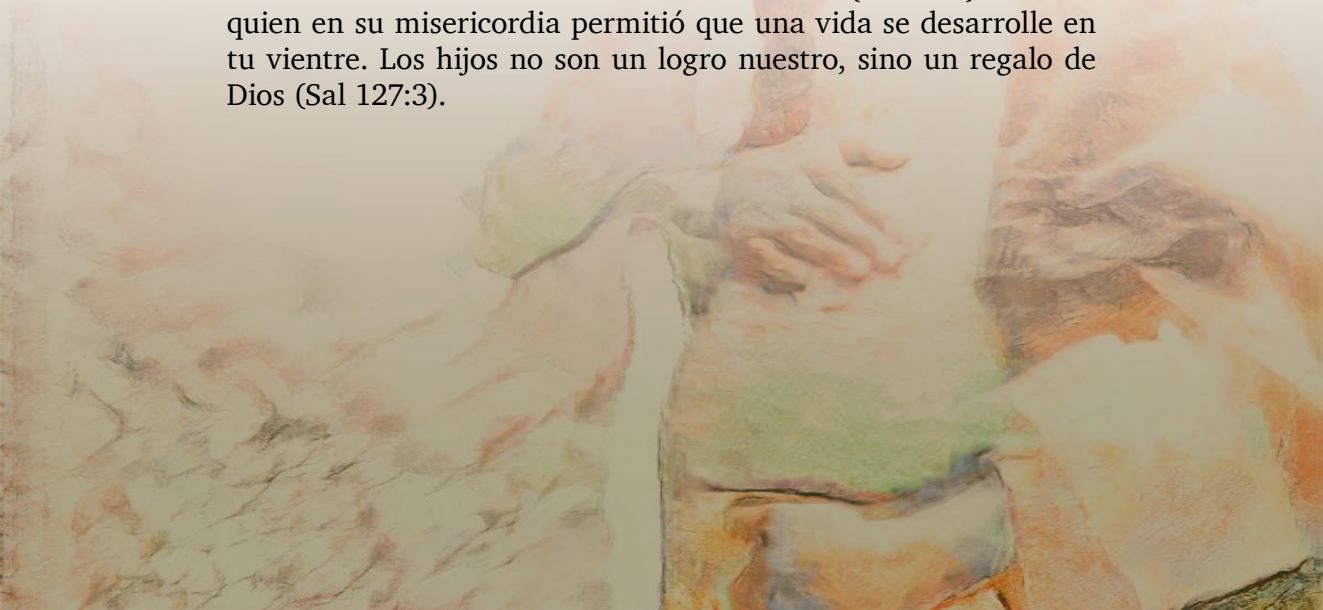
Me dirijo ahora a las mujeres, especialmente a las que están embarazadas al leer este escrito: como portadora de esa vida que

Dios ha otorgado, *¿qué tan asombrada estás de su creación? ¿Qué tanto la valoras? ¿Qué tanto la proteges?* Quiero reflexionar a continuación en cada una de estas tres preguntas.

En primer lugar, *oro para que seas asombrada*. Que Dios fije sus ojos y haga crecer a su criatura en nuestro vientre es un privilegio. El salmista decía que los ojos de su Creador estaban fijos en su creación, viendo cómo tomaba la forma que se tenía planeada (v. 16). Ese diseño a veces nos parece imperfecto. Muchas madres optan por abortar a sus hijos porque vienen con defectos congénitos. Se nos olvida que el Autor de esa vida es quien decretó que esa criatura viniera al mundo con ese diseño físico. Esta criatura, aunque afectada por la caída que provoca que tengamos cuerpos quebrantados, sigue siendo portadora de la imagen del Creador. Para el mundo es un desperfecto desechable, pero para Dios tiene un diseño con propósito. Es una criatura igual de amada por su Creador.

En segundo lugar, *te animo a valorar la nueva vida que Dios forma en tu interior*. El poder ser fecundas es un regalo de Dios. Muchas mujeres quieren ser madres biológicas y no pueden serlo, porque Dios no se lo concedió en su soberanía. Pero ¿y tú? A ti que se te ha dado el privilegio de ser mamá, ¿qué tanto valoras a esa criatura que se está formando en tu vientre?

Esaú, al ver a los niños que venían con Jacob en su encuentro con él, le preguntó quiénes eran. Jacob, con un conocimiento amplio de la provisión de Dios, le dijo: «Son los hijos que Dios en su misericordia ha concedido a tu siervo» (Gn 33:5). Es Dios quien en su misericordia permitió que una vida se desarrolle en tu vientre. Los hijos no son un logro nuestro, sino un regalo de Dios (Sal 127:3).



Por lo tanto, si has quedado embarazada es porque Dios ha obrado en tu vientre y te lo ha permitido. A muchas mujeres a mi alrededor no se les ha concedido el regalo de ser madres biológicas y, aunque tienen contentamiento en el Señor, ese sigue siendo un anhelo de su corazón. Así que cada vez que el Señor permite vida en el vientre de una madre, este milagro debe tomarse como un regalo directo de su mano. Dios es quien es su misericordia hace a la mujer fecunda (Sal 113:9).

Por último, *te suplico que protejas esta nueva vida*. Defiende cada día que el Creador le dio a la criatura. Tú solo eres el canal por el cual esa vida viene al mundo, pero le corresponde a Dios en su soberanía, y no a los médicos, decidir su tiempo en la tierra. Él decide el día en que empieza y el día en que termina. No decidamos por Él.

¿Y qué si no puedes sostenerlo? Vivimos en un mundo caído, donde muchas veces nuestras circunstancias hacen imposible brindarle una vida mínimamente digna a nuestros hijos. Pero la solución no es terminar sus días con un aborto. Por ejemplo, podemos pedir ayuda a otras personas en nuestra familia e iglesias. También, aunque suena muy doloroso, puedes ser portadora de bendición para otra madre, al darle un hijo en adopción a una mujer que no ha podido sentirlo crecer en su vientre.

Nada de esto es fácil. Hay mucho más para hablar al respecto. Ser madres en este mundo hermoso pero manchado por el pecado, es muy retador y demanda sacrificios. Pero cueste lo que cueste, vivamos aferradas al Señor que murió y resucitó para el perdón de nuestros pecados y darnos esperanza. Tengamos nuestra confianza en Él y no despojemos al feto de su valor como ser humano. En medio de la mayor deshumanización en nuestra generación, oigamos lo que Dios dice nos dice en su Palabra y comencemos a llamar a lo creado como Dios lo llama.

[1] Citado en: *El aborto: el derecho a la vida*, Ministerios Integridad y Sabiduría (2015).

[2] *Ibíd.*

[3] *New Bible Commentary: 21st Century Edition* (Downers Grove, IL: Inter-Varsity Press, 1994), 578-579.



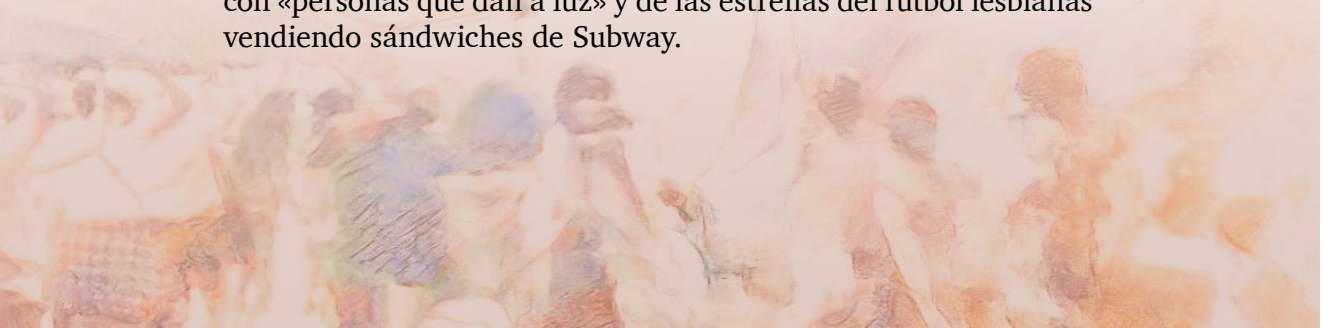
EL MUNDO ESTÁ CATEQUIZANDO AUNQUE NO NOS DEMOS CUENTA

POR KEVIN DEYOUNG

Amo los Juegos Olímpicos. Me levanto temprano y me quedo despierto hasta tarde para ver todo lo posible en tiempo real. Como familia, averiguamos varias plataformas periodísticas y por dos semanas, veíamos algo de los Juegos Olímpicos casi todo el tiempo. Enfrentaría nuestro conocimiento de nado olímpico y (en especial) atletismo en contra de cualquiera. Soy un fanático de las Olimpíadas.

Pero algo fue diferente esta vez. Juzgando por conversaciones con muchos otros, no soy la única persona que lo ha notado.

Era imposible ver dos semanas de los Juegos Olímpicos, o a veces tan solo dos minutos, sin ser catequizado en las verdades inviolables de la revolución sexual. Vi partes de la Eurocopa a principios del verano y cualquiera hubiese pensado que todo el evento era un comercial de banderas arcoíris. Sin embargo, la envoltura de los Juegos Olímpicos fue aún más deliberada. Cada día nos enseñaron a celebrar a hombres levantando pesas como mujeres o a sonreír cuando un clavadista hablaba de su esposo. Era casi seguro que cada pausa comercial contaría con una pareja del mismo sexo, un hombre maquillándose o una oda genérica al individualismo expresivo. Por supuesto, Megan Rapinoe y Sue Bird eran casi omnipresentes. Si los Estados Unidos solía tratar sobre la maternidad y el pastel de manzana, ahora tiene que ver con «personas que dan a luz» y de las estrellas del fútbol lesbianas vendiendo sándwiches de Subway.



A este punto, algunos objetarán que el último párrafo está lleno de una mezcla tóxica de homofobia, heteronormatividad, privilegio cisgénero y una serie de otros términos que eran casi desconocidos hasta hace cinco minutos. Sin embargo, esas etiquetas no son argumentos en contra de la moral

sexual bíblica; representan suposiciones poderosas de que ninguna persona decente podría creer que la homosexualidad es un comportamiento pecaminoso, que el matrimonio es entre un hombre y una mujer, y que cambiar de género es un signo de confusión en vez de valentía. Lo que la cadena televisiva presentaba como heroico y maravilloso, casi todo el Occidente cristiano lo consideró incorrecto y problemático por 2000 años. En lugar de deconstruir las creencias que han marcado a cristianismo durante dos milenios, ¿es posible que queramos deconstruir la jerga académica que nuestra cultura ha llegado a afirmar en mi época? Recuerda, fue en el 2008 que Barack Obama dijo que no apoyaba el matrimonio de parejas del mismo sexo, no en los días oscuros de la Edad Media.

“El mundo en general no está tentando a los jóvenes con las bendiciones de la castidad y la asistencia a la iglesia”.

No puedes separar el evangelio de la compasión

Sé que la iglesia hoy enfrenta muchos problemas. En algunos contextos, puede haber una falta de amor hacia los extranjeros, una fascinación por las teorías de conspiración o una tentación hacia las formas idólatras de nacionalismo cristiano. Pudieras pensar que

“La mundanalidad es lo que hace que la justicia parezca extraña y el pecado normal”.

la marcha de la revolución sexual que viene avanzando todavía está lejos en la distancia, un problema en otra ciudad, no en la tuya.

Pero ya nadie vive en una ciudad aislada y el mundo en general no está tentando a los jóvenes con las bendiciones de la castidad y la asistencia a la iglesia. Las personas mayores que yo pueden tener suficiente madurez cristiana y memoria cultural para desviar la mirada ante el bombardeo continuo de la revolución sexual. Pero si eres un *Millennial* o *Gen Z* (o lo que sea que venga después), es probable que tu primer instinto sea estar más molesto con los cristianos que critican los

besos de Megan y Sue que con el hecho de que sus besos son, de manera demostrable, no cristianos.

Vale la pena recordar la famosa definición de David Well: la mundanalidad es lo que hace que la rectitud moral parezca extraña y el pecado normal. Esta es la realidad que enfrentan todos los cristianos en Occidente: el dinero, el poder y el prestigio de los principales medios de comunicación, los grandes deportes, las grandes empresas, la gran tecnología y casi todas las instituciones de educación y entretenimiento están dedicados en hacer que el pecado parezca normal. No te equivoques: no importa cuán buena sea tu iglesia, no importa cuán fuerte sea tu familia, no importa cuán centrada en el evangelio es tu escuela cristiana o la educación en el hogar, si tus hijos y nietos están remotamente involucrados con la cultura contemporánea (y lo están), están siendo enseñado por mil memes y mensajes cada semana a rendir homenaje a la bandera arcoíris.

La familia, iglesia y escuela cristianas no deben asumir que las próximas generaciones aceptarán las conclusiones que parecen tan obvias para las generaciones anteriores. Debemos hablar sobre las cosas de las cuales nuestros hijos ya están hablando entre ellos. Debemos discipular. Debemos ser contraculturales. Debemos prepararlos para amar y enseñarles lo que realmente significa el amor bíblico. Debemos transmitir las creencias correctas y las razones correctas sobre esas creencias.

Debemos preparar a nuestros hijos y estar preparados nosotros mismos, para el costo de seguir a Cristo (Lc 9:23). El Jesús que afirmó que el matrimonio era entre un hombre y una mujer (Mt 19: 4-6), el Jesús que advirtió de la porneia interior (Mr 7:20-23), el Jesús que advirtió contra vivir para agradar a los demás (Jn 12:43), es el Jesús que exige nuestra lealtad completa (Mt 28:20).

El mundo ya está ocupado promoviendo su catecismo. La única pregunta es si nos ocuparemos de promocionar el nuestro.

Publicado originalmente en *The Gospel Coalition*. Traducido por Equipo Coalición.

El metaverso de Zuckerberg y su falso evangelio

UNA RESPUESTA A SU ESPERANZA ENGAÑOSA PARA LA HUMANIDAD

POR JOSUÉ BARRIOS

El metaverso de Mark Zuckerberg promete ser un universo virtual paralelo al real. Aspira ser un lugar digital con potencial ilimitado, apoyado también por tecnología de realidad aumentada, en donde podamos elevarnos por encima de nuestras limitaciones humanas físicas. Allí podremos expresarnos como queramos por medio de avatares que proyectemos según nuestras preferencias.

Esto parece inevitable a la luz de otros modelos de «metaverso» existentes. Piensa en videojuegos como Fortnite (donde millones de usuarios pueden personalizar su apariencia e interactuar en eventos virtuales), Minecraft (donde puedes crear mundos virtuales y «habitar» en ellos) y Pokémon Go (donde puedes «atrapar» pokémones en sitios reales al usar realidad aumentada).

El metaverso aspira ser más revolucionario y cambiar la forma en que interactuamos con personas, visitamos lugares, consumimos contenido, trabajamos y realizamos incontables actividades. Como explica Zuckerberg: «la sensación de presencia es la cualidad que define al metaverso. Vas a sentir realmente que estás allí con otras personas». Será toda una experiencia digital inmersiva.

Zuckerberg promete llevar los avances tecnológicos a un nuevo nivel, con gafas de realidad virtual mejoradas, escaneo facial y de lenguaje corporal avanzado para que nuestros avatares reflejen nuestras expresiones en tiempo real, y hasta guantes que brinden la sensación del «tacto» en el entorno virtual.

El metaverso está en desarrollo y tardará algunos años en impactar nuestras vidas. Mientras tanto, podemos prepararnos para su llegada. Es hora de cultivar discernimiento espiritual ante las oportunidades que nos brindan las nuevas tecnologías, sus posibles amenazas y las cosmovisiones tras ellas.

Un punto de partida en este caso sería considerar el contexto en el que Facebook como empresa —ahora llamada Meta— anuncia su énfasis en el metaverso y el «problema» que esta tecnología busca resolver. Al hacerlo, notaremos que detrás del metaverso hay atisbos de un falso evangelio, una forma deshumanizante de ver a las personas y un desencanto ante la realidad.

EL CONTEXTO DEL ÉNFASIS EN EL METAVERSO

Para empezar, no podemos ignorar que la prioridad del metaverso para Meta se anuncia públicamente en medio de un periodo difícil para la empresa. Meta ha perdido mucha credibilidad como compañía. Además, está en peligro de ser sancionada y regulada por gobiernos poderosos en el mundo luego de varios escándalos y aspectos oscuros de la empresa que han salido a la luz. El énfasis en el metaverso y el cambio de nombre para la empresa podría ser visto como un lavado de cara.

“Las redes sociales tienen muchos usos útiles, pero pueden hacer nuestras vidas más distraídas, superficiales y cambiarnos de maneras profundas”.

Además, producir un metaverso implica prácticamente crear el futuro de la Internet, uno en donde la empresa pueda ejercer más control y ser más robusta ante controles gubernamentales. Por ejemplo, puede ser complicado acusar a Meta de monopolio cuando existe la clásica Internet de siempre o el mundo real como alternativas!

Al mismo tiempo, el metaverso le permitiría a Meta manufacturar la «realidad» que los usuarios perciben de maneras más profundas y efectivas para alcanzar los fines comerciales de la compañía. Sus redes sociales ya procuran capturar nuestra atención y vendernos productos, servicios o ideas de anunciantes. Lo hacen mientras aprovechan nuestros datos personales que cedemos voluntariamente al usar tales plataformas. El metaverso llevaría todo esto a un nuevo nivel y aquí está la gallina de los huevos de oro para Zuckerberg.

“Detrás del metaverso, hay algo además del interés económico por nuestra atención y privacidad. Hay una cosmovisión y propósito”.

Esto nos ayuda a entender el cambio en la visión de Facebook como red social (similar al experimentado por Instagram). Antes era una plataforma para mantener contacto con gente a la que conocías en el mundo real; ahora es un «lugar» en la

web en el que las personas pueden estar todo el tiempo: no solo para enviarse mensajes y ver cómo están los demás, sino también para tener grupos de trabajos, consumir vídeos y series, hacer compras, asistir a eventos, etc.

Por su parte, los jóvenes de hoy prefieren otras plataformas, como TikTok o Snapchat, donde pueden expresarse de formas más efímeras y —tal vez lo más importante— no tienen a sus padres cerca. También prefieren los videojuegos, como evidencia el auge financiero de esa industria.

Es por todo esto que el metaverso es el siguiente paso lógico de Meta para mantenerse en la batalla por la atención de las personas.

Como expongo con más detalle en mi libro Espiritual y conectado, necesitamos guardarnos de los peligros espirituales de las redes sociales, peligros impulsados por nuestras inclinaciones producto de nuestro pecado. Necesitamos reflexionar sobre esto y actuar a la luz del evangelio de Cristo, quien nos da en su Palabra la sabiduría que necesitamos. Las redes sociales tienen muchos usos útiles, pero pueden hacer nuestras vidas más distraídas, superficiales y cambiarnos de maneras profundas y que no deseamos en realidad. Reconocer esto será más relevante aún al considerar cómo el metaverso potenciará estos peligros.

Sin embargo, detrás del metaverso, hay algo además del interés económico por nuestra atención y privacidad. Hay una cosmovisión y propósito. Como el filósofo Henry David Thoreau decía: «Todos nuestros inventos no son más que medios mejorados para fines no mejorados».

¿Cuál es la meta del metaverso y la visión que representa?

EL «PROBLEMA» A RESOLVER

La imagen de Dios en nosotros nos permite desarrollar tecnologías ingeniosas, reflejando al Creador, para el desarrollo del potencial de la creación a nuestro alcance. Esto está en sintonía con nuestro llamado a gobernar la creación como mayordomos ante Dios (Gn 1:26-31).

Pero la Biblia también enseña que la ciencia y tecnología pueden usarse para buscar someter la realidad a nuestros deseos idólatras, egoístas y desordenados, que no obedecen a Dios y en cambio ponen a otras cosas en primer lugar. El ejemplo más clásico es la torre de Babel, pero podemos pensar en muchos otros, como la creación de armas para cometer injusticias o el uso de avances científicos y médicos en las cirugías de «cambio de género». Como C. S. Lewis observó:

«Hay algo que une a la magia y la ciencia aplicada, a la vez que separa a ambas de la “sabiduría” de las épocas anteriores. Para el sabio de tiempos antiguos, el problema cardinal había sido cómo conformar el alma a la realidad, y la solución había sido el conocimiento, la disciplina personal y la virtud. Para la magia y para la ciencia aplicada [es decir, la tecnología], el problema era cómo someter la realidad a los deseos de los hombres: la solución es una técnica...» (La abolición del hombre, p. 89).

En otras palabras, los avances tecnológicos pueden usarse para pretender constituirnos como soberanos de la realidad, así como la «magia» se usaba para ese fin.

Este uso representa abrazar la mentira del falso evangelio implícito en las palabras de la serpiente en el Edén. ¿Cuál es ese falso evangelio? Empieza con la idea de que Dios no es generoso con nosotros y más bien es restrictivo: «¿Conque Dios les ha dicho: “No comerán de ningún árbol del huerto”?... Dios sabe que el día que de él coman [el árbol prohibido], se les abrirán los ojos y ustedes serán como Dios...» (Gn 3:1, 5).

“El metaverso es la iniciativa tecnológica más ambiciosa hasta hoy para crear un «universo» en donde podamos ser como Dios”.

Este engaño nos lleva a concluir que debemos declarar nuestra independencia de Dios. Solo así podremos ser como Él en autoridad y gobernar este mundo por nuestra cuenta y alcanzar nuestro potencial (cp. Gn 3). *Constitúyete como*

soberano y entonces serás feliz. Ese es el falso evangelio que hemos creído.

Por más buenas que sean las intenciones de quienes desarrollan el metaverso y todos los usos provechosos que pueda tener esta tecnología, necesitamos recordar que el pecado presente desde la caída en todos nosotros deja su huella en todo lo que hacemos, pensamos y anhelamos (Ro 3:10-18). Por eso vemos un reflejo de la mentira de la serpiente en la propuesta del metaverso, la iniciativa tecnológica más ambiciosa hasta hoy para crear un «universo» en donde podamos ser como Dios. En otras palabras, el «problema» que el metaverso busca resolver son nuestras limitaciones humanas.

¿Estamos listos para responder a esta visión de la realidad?

RESPONDIENDO AL METAVERSO

El metaverso resulta atractivo porque nos ofrece la oportunidad de abrazar la ilusión de que podemos vencer nuestras limitaciones físicas para «estar» donde queramos y hasta proyectarnos al mundo como nosotros decidamos. Un hombre que se identifique como mujer, superhéroe o perro, por ejemplo, pudiera proyectarse así al mundo por medio del metaverso si eso le da felicidad (en la presentación de Zuckerberg, una persona apareció en el metaverso identificándose como robot).

Esta es la evolución lógica del uso de avatares en Internet y videojuegos y, llevado a este nuevo nivel que se propone, en última instancia resulta deshumanizante. ¿Por qué? Porque plantea que nuestro cuerpo es irrelevante para nuestra humanidad, identidad y expresión personal. También transmite que ciertas limitaciones humanas, como nuestra finitud espacial, son defectos a arreglar y no recordatorios de que dependemos de nuestro Creador y que no somos Dios.

“Fuimos hechos para vivir y servir a otros en donde están nuestros cuerpos físicos, reconociendo nuestra humanidad como un regalo de Dios”.

El metaverso hará más creíbles estas ideas para nuestra generación y las venideras debido a que las tecnologías que abrazamos resultan formativas para nuestra comprensión del mundo. (Considera, por ejemplo, cómo los avances industriales en siglos pasados hicieron plausible la propuesta del deísmo, en la que Dios es visto como alguien que diseñó al mundo como una gran maquinaria y luego la dejó andando sola, sin intervenir más en su creación).

Por lo tanto, necesitamos prepararnos para esta revolución. Esto comienza con fortalecer nuestro entendimiento de qué dice la Biblia sobre nosotros y Dios, respondiendo a preguntas como: ¿Qué significa ser humanos? ¿Cuál es la imagen de Dios en nosotros? ¿Cómo Dios ama la versión real de nosotros?

“La visión utópica de Zuckerberg está condenada al fracaso. No por ser demasiado grande, sino por ser demasiado pequeña ante nuestro Creador”.

Necesitamos entender también cómo Él nos llama a vivir en comunidad real con otras personas —especialmente nuestras familias e iglesias— y alcanzar a los perdidos de manera genuina. Somos llamados a entrar a sus vidas llenas de necesidad de Dios, reflejando al Salvador

que se encarnó para entrar a nuestro mundo, y no de formas impersonales e infrahumanas a distancia. Fuimos hechos para vivir y servir a otros en donde están nuestros cuerpos físicos, buscando ser buenos mayordomos de nuestra atención y reconociendo nuestra humanidad como un regalo de Dios.

Es necesario profundizar en estas verdades, pero sobre todo vivir conforme a ellas. Así seremos contraculturales y dirigiremos la mirada del mundo a la suficiencia de Dios. ¿Por qué? Porque demostraremos que no necesitamos pretender constituirnos como soberanos, en especial cuando vemos el amor de Dios mostrado en el evangelio. Allí se muestra su generosidad al entregar a su Hijo por nosotros (Jn 3:16). Esto nos da esperanza y llena nuestras vidas de gozo verdadero —uno que jamás podremos tener en el metaverso—, mientras nos da la valentía para enfrentar la realidad de nuestro mundo sin huir de él, pues sabemos que Dios está por nosotros y promete restaurarlo todo.

No nos engañemos: el metaverso representa también desencanto y frustración con el mundo real. Similar a la frustración que un hombre orgulloso puede sentir al no lograr conquistar a una mujer para hacerla suya según sus antojos, y entonces prefiere sanar su ego herido pasando el tiempo con otra mujer más fácil de obtener.

La ironía del metaverso es que implica un reconocimiento de que fallamos en nuestro esfuerzo de constituirnos como soberanos autónomos en el mundo real, uno que está lleno de calamidades y cada vez más contaminado y caótico. Resulta atractivo aislarnos en un mundo virtual. Sin embargo, por la fe entendemos que nuestro mundo está manchado por causa de nuestro pecado. También vemos que el evangelio nos llama a extender el reino de Dios en esta tierra mientras nos promete que todo lo malo pasará pronto y que todo lo bueno aquí es solo una antesala de lo que vendrá.

“Llamemos al mundo a no poner su esperanza de satisfacción y felicidad real en la tecnología, sino en el Dios que diseñó nuestra humanidad y nos ama sin medida”.

Tendremos que ser más intencionales en atesorar estas verdades bíblicas. Los hábitos que creará el metaverso en la civilización harán más creíbles las mentiras del secularismo: que no existe un Dios personal que nos hizo para Él y que diseñó perfectamente nuestra humanidad, ni existe la eternidad; que finalmente no tiene sentido preocuparnos por el mundo real y que, por tanto, podemos vivir distrayéndonos y abrazando la ilusión de soberanía hasta la muerte.

No podemos ser ingenuos ante esta cosmovisión. Respondamos con la Palabra.

«NO A NOSOTROS, SEÑOR»

Aunque nuestro mundo gime por el pecado, todavía conserva las huellas de Dios. La creación testifica de sus atributos y poder (Ro 1). Los cielos cuentan su gloria (Sal 19:1), y también las cascadas, los mares, las montañas, los animales. Al mismo tiempo, si algo nos mostró la pandemia, es que la comunicación virtual jamás podrá reemplazar la compañía de alguien mirándonos cara a cara. La presencia humana es más que contenido digital. Los avatares y las posibilidades del metaverso no pueden reemplazar los abrazos para los que fuimos hechos y que reflejan a un Dios personal que nos hizo para Él.

Aún queda mucha bondad en este mundo; demasiada gracia y belleza que dirige nuestra mirada a Dios y nos apunta a lo venidero. El metaverso jamás podrá superar esto porque, como decía Agustín de Hipona, fuimos hechos para Dios y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Él (*Confesiones*, 1.1). Al igual que la torre de Babel, la visión utópica de Zuckerberg está condenada al fracaso. No por ser demasiado grande, sino por ser demasiado pequeña ante nuestro Creador y su plan soberano. Es demasiado inútil ante la sed de eternidad y realidad que hay en nuestras almas.

Por lo tanto, llamemos al mundo a no poner su esperanza de satisfacción y felicidad real en la tecnología, sino en el Dios que diseñó nuestra humanidad y nos ama sin medida. Este Dios es el mismo que decidió abrazar nuestras limitaciones humanas —resaltando el valor de lo verdaderamente palpable— al encarnarse para darnos salvación y esperanza. Este Salvador es digno de nuestra confianza.

Dios muestra su amor y gloria de tal forma en el evangelio, que cuando lo conocemos no queremos pretender constituirnos en soberanos sobre el mundo real ni consolarnos gobernando un mundo virtual, sino que decimos: «No a nosotros, SEÑOR, no a nosotros, sino a Tu nombre da gloria, por Tu misericordia, por Tu fidelidad» (Sal 115:1).

Créditos

Supervisión del proyecto

Fabio Rossi.

Director Ejecutivo de TGC: Coalición.

Equipo editorial

José “Pepe” Mendoza.

Director Editorial.

Josué Barrios.

Coordinador Editorial.

Ana Ávila.

Editora senior.

Rossy Baez.

Editora de traducciones.

Diseño de la revista

Carolina Holguín.

Coordinadora de medios de TGC: Coalición.

Jacob Mejicanos.

Diseñador en TGC: Coalición.

Autores y colaboradores

(en orden de aparición)

Josué Ortíz.

Pastor en la Iglesia Gracia Abundante (Ciudad de México, México).

Nicolás Quinteros.

Miembro en la Iglesia Bíblica Bautista Crecer (Córdoba, Argentina).

Joel Rosario.

Director Editorial Asociado, Libros B&H (Nashville, Estados Unidos).

Otto Sánchez.

Pastor en la Iglesia Bautista Ozama (Santo Domingo, República Dominicana).

Chárbela El Hage de Salcedo.

Anfitriona del podcast De la Biblia a la vida.

Kevin DeYoung

Pastor en Christ Covenant Church (North Carolina, Estados Unidos).

Conoce más sobre el Equipo Coalición y nuestros colaboradores en nuestro sitio web.

Imágenes

Portada/Contraportada: *Wikimedia Commons*

Artículo páginas 7-10: Forgiven

Photography en LightStock

Pixel Creative en LightStock

Artículo páginas 11-14: Claudine

Chaussé en LightStock

Shaun Menary en LightStock

Artículo páginas 18-21: Neely Wang en

LightStock

Pixel Creative en LightStock

Artículo páginas 30-32: Daniel Sun en

LightStock

Sky Light Pictures en LightStock

Artículo páginas 37: Pixel Creative en

LightStock

Artículo páginas 41-43: Kristine en

LightStock

LUMO-The Gospels for the visual age

en LightStock

Artículo páginas 48-50: Pixel Creative

en LightStock

Pearl en LightStock

Artículo páginas 52: Mercedes Mehling

en Unsplash

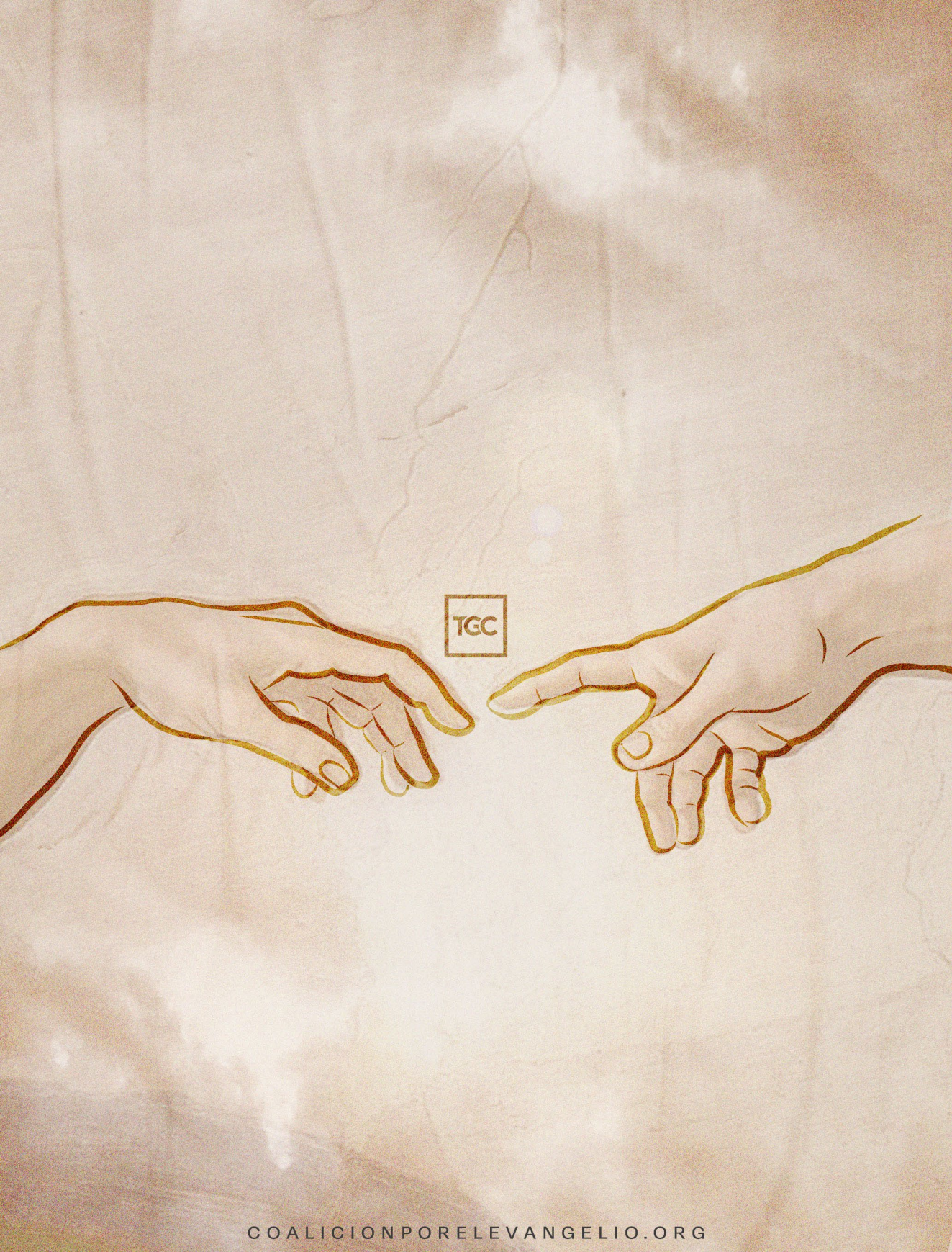
Artículo páginas 56-58-62: Brimstone

Creative en LightStock

Pearl en LightStock

Soli Deo Gloria en LightStock

Escrituras tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com



TGC